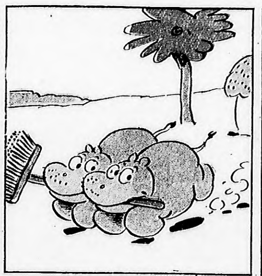
COLOR HISTORIETAS **JORNADA** COLORES PARA NIÑOS

Página 1 — Magazine Cómico de JORNADA en Multicolor No. 21 — Diciembre 19 de 1931











LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN por Dirks

DESESPERADOS POR LA TRISTEZA Y LA DESOLACIÓN, RESUELVEN ACEPTAR DEL ROBINSON HARAPIENTO, CIGARROS "LOCALES" HECHOS POR SUS DEDOS LIGERAMENTE MUGRIENTOS.



























MUY RARA VEZ LOS GRANDES GORILAS ACEPTAN PELEAR CON LOS CAZADORES

Por Martín Johnson

Al anochecer, nuestro campamento estaba rodeado de gorilas y durante toda la noche los escuchamos golpearse el pecho y llamar a nuestros cautivos, quienes respondían. Me levanté como media docena de veces, para cerciorarme que todo continuaba en orden, y todas las veces hallé a Dewitt que había hecho otro tanto.

Después de recordar todos los jóvenes gorilas que he visto trepando a los árboles durante nuestro safari a través de las selvas, me he convencido que el método que empleamos aquella vez es el mejor que existe para capturar esos monos. Con este método se evita la crueldad de tener que matar a una gorila madre primero para apoderarse de sus hijos.

Tuvimos cierto día una aventura impresionante al encontrarnos con un gorila encolerizado en una especie de túnel a lo largo de un campo de bambúes. Esos túneles a través de la maraña de matorrales que hay junto a los bambúes, son hechos por los animales y a veces su construcción es tan baja que es necesario arrastrarse por ellos. En esta ocasión habíamos seguido durante horas a una banda de gorilas. Osa, Dewitt y Bukari me acompañaban y cuando los monos desaparecieron en el túnel, los seguimos porque no queríamos perder la pista.

Dentro del túnel reinaba tal obscuridad que nada pudimos ver hasta que nuestros ojos se acostumbraron. Valiéndonos de manos y rodillas seguimos adelante en fila india. Dewitt, que llevaba los revólveres, iba a la cabeza. Le seguía yo con mi máquina fotográfica listo para fotografiar a los gorilas apenas nos encontrásemos en un lugar donde hubiese luz. Osa después y Bukari cerraba el cortejo.

No habíamos avanzado más de tres metros cuando se oyó un grito y veloces pisadas y divisamos a un gorila, grande y viejo, que se precipitó contra nosotros, y no se detuvo hasta encontrarse a dos o tres metros de Dewitt quien, tomado de sorpresa, retrocedió cayendo sobre mí. Yo a mi vez, empujé a Osa quien hizo otro tanto con Bukari. Durante un minuto todo fué confusión. Ignorábamos lo que podría hacer después la bestia. Dewitt fué el primero en recuperar su posición primitiva y con las armas listas observaba al gorila que había retrocedido a cierta distancia y caminaba de un lado para otro como desafiándonos a avanzar. Parecía imposible continuar nuestro camino sin matar al mono. Sin embargo, como nos hallábamos dentro de los límites del santuario que es el Parque Nacional Alberto, habíamos tenido que hacer la promesa de no usar nuestras armas salvo en el caso de que alguna vida humana estuviese en grave peligro.

Sostuvimos entonces un consejo de guerra. Opiné que debíamos gritar para atolondrar al gorila y hacerlo desaparecer. Grité y mi sistema tuvo precisamente los efectos contrarios de los que había esperado. En vez de huir el animal, hizo una nueva corrida contra nosotros. Esta vez estábamos preparados y todas las armas estaban dirigidas hacia él. Sin embargo, se detuvo cuando se hallaba a unos cuatro metros y empezó nuevamente a pasearse con aires de espadachín, lanzando roncos sonidos como si estuviese insultándonos en su lenguaje de gorila. Y así continuó hasta que aburriéndose, se fué velozmente a través de la selva.

LOS PELOS DE PUNTA

A veces nos internábamos tanto en las zonas donde viven los gorilas, que todo el bosque parecía estar repleto de esos habitantes. Recuerdo cierta vez que estaba observando a una banda que se alimentaba. Se movían lentamente hacia mí, siguiendo el sendero que trazaba un angosto valle. Poco después, otra banda aparecía por el lado opuesto. Los que había observado primero se hallaban junto a un grupo de bambúes. Los otros caminaban en dirección opuesta. Avancé para acercarme a los primeros.

Repentinamente, un gorila enorme salió de un túnel construído entre los bambúes. Inmediatamente se dió cuenta de mi presencia y lanzando un aullido saltó hacia atrás, ocultándose en el túnel. Todos los otros gorilas empezaron entonces a gritar y jamás he oído un ruido semejante.

El horrible bullicio hacía poner los pelos de punta. Osa, Dewitt y Bukari permanecían prontos para hacer fuego, pues parecía que toda la banda de gorilas iba a atacarnos. Pero inesperadamente todo el ruido cesó, y el silencio durante un momento fué más impresionante que los gritos. Protegido por Dewitt me dirigí a la entrada del túnel. Entonces empezó nuevamente el bullicio, pero mantuvimos nuestras posiciones. Entre los bambúes podíamos ver a cuatro grandes gorilas que se paseaban como leones enjaulados. Cada medio minuto uno de ellos hacía una corrida hacia nosotros y después regresaba para continuar su paseo. Cada vez que avanzábamos, ellos retrocedían.

Escuchamos luego un ruido que provenía de otro lado y era otro mono que salía de otro túnel. Estábamos rodeados de bandas de gorilas. Aún después de opinar que era peligroso continuar avanzando, ese día encontramos otras dos bandas mientras regresábamos al campamento. La selva estaba llena de vida con ellos.

ILUSTRO PREMIANI

PREMIANI

Ante los gritos de los cazadores, el gorila gigante, en vez de huir, hizo una nueva corrida contra aquellos, y los afrontó desafiante y amenazante

La personalidad existe entre las bandas de gorilas como entre los humanos. Tengo vigorosamente grabada en mi mente la figura de un viejo gorila que comía. Tenía los modales más curiosos para un gastrónomo. Cuando lo divisamos estaba solo y destrozaba bambúes tiernos en una depresión de terreno herbáceo. Le veíamos la cabeza y a veces la espalda, pero eso era todo. Debía ser muy viejo, pues, era lerdo para ponerse sobre aviso.

Cuando nos acercamos vimos que rompía los bambúes con un movimiento de muñeca. Después se echaba al hocico los bambúes tiernos y mientras lo comía rompía otro. Siguiendo ese ritmo, tenía permanentemente por lo menos cuatro bambúes simultáneamente en su hocico. Esto era anormal, pues todos los gorilas que habíamos visto comían las partes más tiernas del bambú y sólo después de arrojar el resto buscaban más alimento.

SE GOLPEA EL PECHO

Cuando finalmente se dignó ocuparse de nosotros, se dirigió hacia la selva, pero lo oímos que seguía un sendero paralelo al nuestro. Esperamos verlo aparecer y por fin lo hizo en un lugar donde había dos grandes árboles que, separados por un metro y medio de luz, estaban a ambos lados del sendero. Entonces volviéndose hacia nosotros, nos miró fijamente y empezó lentamente a levantarse, manteniéndose en las patas posteriores y apoyándose con las otras en ambos árboles. Permaneció así como medio minuto y después soltándose de los troncos, comenzó a golpearse el pecho en señal de desafío. Fué un gesto magnífico, pero era demasiado pesado para hacer esas exhibiciones y perdió el equilibrio, en vista de lo cual prefirió internarse en la selva.

Nos interesó vivamente estudiar las cabriolas y muecas de los gorilas. Un día caminaba a la cabeza de mi gente, cuando un guía Batwa me tiró de la manga del saco y me indicó un árbol que teníamos justo frente a nosotros. Vi trepados a dos gorilas de tamaño mediano que se alimentaban con las hojas del árbol. No nos vieron. Se sintió entonces un ruido en la selva y una cabeza negra se asomó al pie del árbol. Debía saber que estábamos allí de largo rato, pues nos miró directamente y se fué hacia la selva dando gritos. Otras voces se unieron a ella. Los jóvenes monos del árbol estaban aparentemente menos nerviosos que los viejos y fueron los últimos en alejarse. Pero cuando finalmente se dieron cuenta de la voz de alarma que se hacía llegar hasta ellos, casi cayeron del árbol por huir precipitadamente.

UNA VIEJA GORILA

Seguimos a la banda de gorilas y llegamos a uno de los muchos estrechos valles en forma de V que hay en la región. Al otro lado del valle la banda de monos se había detenido cerca de unos árboles. Teníamos como doce animales a la vista y podíamos escuchar a otros que andaban cerca de ellos.

Un gorila enorme se mantenía en dos patas sosteniéndose a una rama del árbol que pendía. Nos miró durante un minuto, que es el tiempo mayor que he visto a uno de esos animales permanecer de pie de una sola vez. Su cabeza se movía en todas direcciones. Cuando se dejó caer sobre sus cuatro patas otro viejo mono se acercó a él y ambos empezaron a mirarnos. Después llegó una vieja gorila trayendo en su espalda un hijito. Al parecer la presencia de la hembra interrumpió la conversación de los dos ancianos, pues, uno de ellos se dirigió furioso contra ella y la golpeó. La mona esquivó los golpes, gruñó y se fué. Durante diez minutos los dos viejos nos observaron minuciosamente y después también se alejaron.

Adquirimos una buena cantidad de nuevos conocimientos sobre los gorilas y muchas cosas que aprendimos con nuestra propia experiencia, estaban en abierta contradicción con lo que se nos había contado sobre esos animales antes de iniciar el safari. Tuvimos que olvidar mucho de lo que los hombres blancos nos habían dicho sobre los gorilas y después nos fué preciso refutar las historias que circulaban entre los nativos.

Después de haber pasado veinticinco años entre negros civilizados, semicivilizados y salvajes, he llegado a conocerlos bien y encuentro que todos ellos se parecen cuando se trata de contarles historias a un hombre blanco.

No calificaré al gorila como un animal verdaderamente peligroso, a pesar de que seguir a esos animales con una máquina fotográfica es la aventura más excitante de cuantas se me han ofrecido. Pero no son peligrosos. Creo que se deben aclarar muchos puntos errados que se tienen respecto a ellos.

Seguramente nadie ha provocado más a los gorilas de lo que yo lo he hecho tratando de fotografiarlos. A menudo se volvían pidiéndome, y en un lenguaje muy significativo, que me fuera y los dejase tranquilos. A veces cargaron contra mí pero jamás continuaron su carrera hasta tocarme.

Es posible que alguna vez un gorila complete su carga y hiera a un ser humano, pero eso yo no lo he visto. Hay que recordar que existen excepciones en casi todas las observaciones que se hacen sobre los animales. Por ejemplo, cuando yo era niño y vivía en Kansas, tuve que cuidar una vieja vaca lechera que siempre estaba ocasionando daños y que había corneado a otro muchacho hiriéndolo gravemente. Pero no por eso calificaremos a las vacas de animales peligrosos.

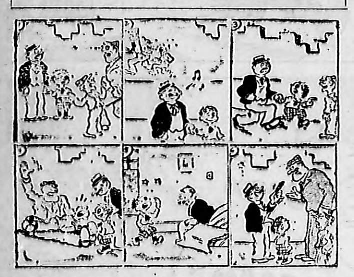
UN ANIMAL PACIFICO

"Era tan cruel como un gorila". ¿Cuántas veces hemos oído o leído esa antigua comparación? Pero, por otra parte, ¿cuántas personas de las que la usan han visto jamás un gorila? Se me ocurre que esa frase se basó en las primeras historias sobre los gorilas que llegaron de Africa. Y los disecadores de animales seguramente tienen algo de culpa. Los primeros gorilas que cayeron en manos de los taxidermistas fueron disecados en forma que diesen la impresión más feroz posible. Pero posiblemente el público usa esa frase simplemente porque suena bien y que figura en el lenguaje popular.

Ahora he visto varios centenares de gorilas y he llegado al resultado de que esos animales, salvo cuando están excitados y creen que están en peligro, son tan pacíficos como cualquier animal salvaje y aun más que la mayoría. Cuando al gorila no se le molesta, su expresión es pacífica y dulce como la de cualquier humano. Y naturalmente, parece feroz cuando está irritado. Pero la misma apariencia tiene un ser humano encolerizado.

Y no es agradable ver ni a uno ni al otro en ese estado.

El Chico que Regresó a su Casa Lloroso y con un Ojo Completamente Negro



Hay que Buscar el Camino Para que las Madres se Acerquen a sus dos Hijos



Hay que trazar líneas más o menos curvas desde el sitio en que se encuentran las madres en dirección a sus hijos, sin que esas líneas se crucen. Los caminos existen, y con un poco de paciencia el pibe lector encontrará las dos sendas

Fracasó la pesca, pero el matrimonio comió ranas

CARNADAS VIVAS

RANAS

¡MIRA VIEJA! PATAS DE RANAS PARA LA CENA

SOLUCION DEL PUZZLE PUBLICADO EL DIA 12

Encontrar tres Cabezas Ocultas




decía el puzzle publicado el día 12 Mirando este grabado, usted verá las cabezas de una niña, de un gato y de un pájaro muy conocido

* * *

"La Presentación del Amigo"

La historieta publicada el día 12 tiene este orden: 4, 3, 6, 2, 1, 5.

¿Qué Animal Aparecerá Ante sus Ojos?

























LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI

por SEGAR









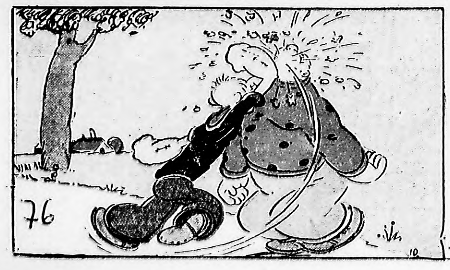
















EL EMBUSTERO

Ilustró PREMIANI



KALONDI y Toniandi salieron juntos de viaje. Toniandi dijo: "¿Quién de los dos hablará?" Kalondi dijo: "Yo hablaré". Toniandi dijo: "No, hablaré yo". Kalondi dijo: "No, yo hablaré." Toniandi dijo: "Aunque salgas tres días antes que yo, te alcanzaré en una hora; por eso es mejor que hable yo." Respondió Kalondi: "Habla tú, pues; probaremos."

Emprendieron el viaje. Al caer la tarde del primer día llegaron a un pueblo cuyo cacique les preguntó: "¿De dónde venís?" Toniandi dijo: "Venimos del país de Toniadugu (del país de los que hablan con verdad)." El reyezuelo no dijo nada, pero los dos viajeros se quedaron sin comer. Al día siguiente llegaron a otro pueblo. Ocurrió lo mismo y tampoco les dieron de comer. Lo mismo sucedió durante tres días. Cuando ya tenían demasiada hambre, dijo Kalondi: "Así no podemos seguir." Toniandi dijo: "No, así no podemos seguir; habla tú." Kalondi dijo: "Está bien."

Llegaron a otro pueblo. Acababa de morir el hijo del cabecilla. Había sido un guapo mozo que no tenía igual en todo el país. Al entrar en el pueblo, gritaban todas las mujeres y lloraba todo el mundo. Kalondi no se preocupó. Dijo bruscamente: "Buenos días; tengo sed, dadme agua." Toniandi dijo: "Ten cuidado no irrites a la gente; mira cómo se lamentan." Kalondi dijo: "¡Bah! ¿Qué pasa?" Las gentes dijeron: "Acaba de morir el hijo del jefe, que era el muchacho más guapo de todo el país."

Kalondi dijo: "¡Cómo! ¿Y eso es todo? ¿No podéis hacer que resucite?" La gente dijo: "Nosotros no. ¿Puedes hacerlo tú acaso?" Kalondi dijo: "¡Nada más sencillo! Si lo deseáis, lo haré mañana temprano. Pero antes dadme agua que beber; tengo sed." La gente dijo: "El que sabe hacer eso no debe beber agua; hay que traerle leche." Trajeron una gran taza de leche y todos se esforzaban en agradar a Kalondi y a Toniandi.

NADA MAS SENCILLO

Apareció también el cabecilla y dijo: "¿Tú puedes resucitar a mi hijo?" Kalondi dijo: "Nada más sencillo. Si lo pagas, mañana por la mañana le resucitaré." El cabecilla dijo: "Te daré dos esclavos varones, dos hembras, dos caballos y dos vacas." Kalondi dijo: "Bien, mañana por la mañana." Luego fueron saliendo todos los que tenían algún difunto querido y sentándose al lado de Kalondi. Uno decía: "Si resucitas a mi padre, que murió el año pasado, te daré una vaca." Un segundo dijo: "Si resucitas a mi mujer, que murió hace dos años, te daré un esclavo." Kalondi dijo: "Bien, mañana por la mañana resucitaré a todos vuestros muertos, y después me pagaréis." Las gentes le trajeron a Kalondi y Toniandi muchos y buenos manjares. A la noche dijo Toniandi: "¿No vamos a escapar esta noche?" Kalondi dijo: "¿Por qué? Mañana ganaré muy buenos regalos y comeremos hasta hartarnos."

Durante la noche, Kalondi pidió una pequeña calabaza. A la mañana siguiente preguntó Kalondi: "¿Habéis cavado ya la sepultura?" Las gentes dijeron: "Sí, ya lo hemos hecho." Kalondi dijo: "Llevad allí al muerto y que se reuna todo el pueblo." Se fué él luego allá, bajó a la sepultura y con las manos quitó cuidadosamente la tierra de los lados. Después dijo: "Meted al muerto dentro y tapadlo con un paño." Las gentes lo hicieron así. Kalondi se metió en el agujero.

Entonces Kalondi sacó la cabeza, y a través del paño gritó, hablando al pueblo congregados "¡Despierta!" Luego se bajó y habló con la calabaza que había pedido por la noche: "¡Despierta; hazlos despertar a todos!" (lo cual quiere decir: "si despiertas a uno, despierta también a los otros"): Estas palabras las repitió tres veces. Pero luego levantó la cabeza y exclamó: "¡Oh, qué estúpido es esto!"

El cabecilla preguntó: "¿Qué es estúpido?" Kalondi dijo: "No es nada de particular. Se trata sólo de que está ahí un hermano mayor que ha gobernado antes que tú el pueblo. Se empeña en despertar el primero, y antes que tu hijo. Como miembro mayor de tu familia, tendremos que darle el gusto. Espera un momento, inmediatamente resucitará." El reyezuelo dijo: "No, no quiero. No quiero de ninguna manera; no quiero." Decía esto porque el difunto, su hermano mayor, había sido un buen jefe, muy querido del pueblo, y él era brutal y poco querido. Si su hermano mayor resucitase, se habría acabado su poder. Por este motivo decía el cabecilla: "No, no quiero." Kalondi dijo: "Pues no es posible de otro modo. Todos o ninguno. No podemos cometer la descortesía de negarle a un hombre como tu hermano mayor la preferencia ante un mozo tan joven como tu hijo, el que murió ayer." El cabecilla dijo: "Entonces no quiero que nadie resucite." Kalondi dijo: "¿Y quién me paga a mí?" El cabecilla dijo: "Yo he empezado el negocio y debo pagarte lo prometido." Kalondi dijo: "Está bien." Y salió de la sepultura. Recibió el pago del cabecilla y volvió rico a su casa.

Kalondi murió rico, dejando una mujer y un hijo que su mujer le había dado. Cuando se hizo mayor, el hijo derrochó pronto la herencia de su padre y no les quedó a la madre y al hijo nada más que una yegua y un anillo que la madre llevaba en la oreja. Como el hijo de Kalondi lo había derrochado y gastado todo, su madre le insultaba diciendo: "¡Avergüénzate! Tu padre, por medio de mentiras, ha llenado esta casa y nos ha hecho ricos. Tú eres un inútil. No has heredado el arte de tu padre." El hijo de Kalondi dijo: "Bueno; yo también voy a probar."

El hijo de Kalondi le dijo a su madre: "Préstame tu pendiente de oro." La madre se lo dió. El hijo lo metió dentro en una papilla y se lo metió en la boca al caballo como si le diera un medicamento. La yegua se tragó la bola. Al día siguiente montó a caballo, se fué a ver al rey y le dijo: "Aquí traigo un caballo tan excelente, que no es propio para un hombre ordinario. Es un caballo para un rey. Tiene la virtud de devolver oro. ¿Quieres tú comprarlo?"

El rey dijo: —Eso que dices es imposible. Tú has mentido.

Poco después el caballo cumplía lo prometido por el hijo de Kalondi. El dijo apresuradamente: —¿Qué vale el caballo? El hijo de Kalondi dijo: —El caballo vale cinco esclavos y cinco esclavas. El rey le dió los diez esclavos, y con ellos llegó a su casa el hijo de Kalondi. Su madre le dijo, conforme lo vió entrar: —¿Cómo has ganado tanto en un solo viaje? El hijo, sonriente, le respondió: —Eso no es nada. Espera lo que ha de venir, que será mucho más.

LA PUERTA TAPIADA

El rey mandó en seguida construir para la yegua una cuadra muy grande, muy alta, rodeada de una pared muy fuerte. Se encerró en ella con la yegua a siete mozos de cuadra y luego se tapió la puerta. Por un agujero en la pared le daban la comida a los mozos y a la yegua. Al cabo de tres meses el rey reunió a los esclavos y esclavas, y por nada en el mundo se encontraba el oro.

En la investigación el mismo rey estaba presente; pero, ¡ay!, no aparecía ni una pizca de oro. El rey se enfadó terriblemente, y dijo: —El hijo de Kalondi me ha engañado. Traédmelo en seguida, que lo mataré en medio de terribles torturas. Salieron algunos en busca del hijo de Kalondi.

Cuando llegaron los emisarios, el hijo de Kalondi acababa de matar un carnero y lo tenía partido en pedazos. Al verlos venir llenó de sangre una tripa larga y ató sus extremos. Se fué a casa, se la ató al cuello a su madre y dijo: "Haz lo que yo te diga. Tapa la tripa con tu vestido." Cogió un rabo de vaca y se lo metió en el bolsillo. Los hombres del rey entraron diciendo: "El rey llama al hijo de Kalondi." El muchacho dijo: "¡Voy con gusto! ¡Acompáñame, madre"! Se fueron a donde estaba el rey.

En el palacio del rey se había reunido una gran asamblea. El hijo de Kalondi entró con su madre. El rey dijo: "Me has engañado con la yegua de un modo nunca visto. En los excrementos no hay oro, y te voy a matar." La madre del hijo de Kalondi dijo: "¡No, no le ma-

El hijo de Kalondi, como representante del rey, se llevó el paquete en que estaba envuelto. Hizo que lo arrojasen al agua en el mismo sitio en que se había hundido el diulu y volvió a engañarlo con astucia

tes; déjale vivir!" Pero entonces, el hijo de Kalondi se arrojó sobre su madre, la tiró al suelo y cortó la tripa que llevaba arrollada al cuello. La sangre se derramó por el suelo y llegó a los pies del rey. La mujer quedó en el suelo como muerta.

El hijo de Kalondi le dijo tranquilamente al rey: "Ahora podemos arreglar el asunto de la yegua."

El rey dijo: "No, primero tenemos que resolver esto. Has matado ante mis ojos a tu madre." El hijo de Kalondi dijo: "Lo de mi madre no tiene la menor importancia, pues puedo volverla a la vida cuando quiera. En cambio, el asunto de los diez esclavos que me has dado por la yegua es mucho más grave." El rey dijo: "¿Cómo? ¿Puedes volver sin más ni más la vida a tu madre?" El hijo de Kalondi dijo: "Naturalmente." El rey dijo: "Pues hazlo primero."

EL VALIOSO RABO

El hijo de Kalondi dijo: "Que traigan una calabaza con agua." Trajeron el agua. El hijo de Kalondi sacó el rabo de vaca, lo metió en el agua y dijo: "Rabo mío de vaca, que he heredado de mi padre Kalondi, que lo había heredado de su padre: si eres verdaderamente mi rabo de vaca, vuelve a la vida a esta mujer." Y comenzó a dar golpes en su madre regándola con agua. Repitió esto tres veces, y a la tercera su madre se puso en pie. Lo primero que hizo fué estornudar. El rey dijo en seguida: "Necesito tu rabo de vaca. ¿Cuánto pides por ese rabo de vaca?" El hijo de Kalondi dijo: "El rabo de vaca no se vende, y, además, está todavía sin decidir el asunto de la yegua y de los diez esclavos que me diste." El rey dijo: "Olvidaremos el asunto de la yegua. ¡Pero dame el rabo de vaca! Un rabo de vaca así es una cosa muy conveniente para un rey. Un rey se enfurece muchas veces y mata a alguno. Pero a veces en su furia mata a gentes que quiere. Y entonces le viene muy bien un rabo de vaca para resucitarlas. Te daré otros diez esclavos por el rabo de vaca."

El hijo de Kalondi dijo: "Eres rey, y si te empeñas te daré el rabo de vaca por ese precio." Luego el hijo de Kalondi cogió a su diez esclavos y se fué con su madre y con lo ganado, dejándole al rey el rabo de vaca.

EL REY BORRACHO

Sucedió que un día el rey estaba borracho. Le rodeaban sus músicos cantando. El rey se emborrachaba cada vez más. Llamó a su favorita y le dijo: "Tráeme pronto agua para beber, o te mato." La mujer vió

lo borracho que estaba el rey y se echó a reir. Pero esto llenó de coraje al rey: dió un salto y mató a la mujer. Los diali se asustaron y quisieron irse; pero el rey les dijo: "¡Quedaos! ¡Sigamos bebiendo! Esto se arregla en seguida. Puedo despertar cuando quiera a la mujer." Los diali dijeron: "Hazlo pronto para que se nos quite el susto." El rey dijo incomodado: "Bien está; traedme una calabaza de agua y el rabo de vaca de Kalondi." Salieron los esclavos y trajeron el rabo de vaca de Kalondi y la calabaza con agua. El rey metió el rabo de vaca en el agua y dijo: "Rabo mío de vaca que he recibido del hijo de Kalondi, que lo ha heredado de su padre: si eres realmente mi rabo de vaca, vuelve a la vida a esa mujer." Y en seguida golpeó a su mujer, regándola con agua. Esto lo repitió tres veces, pero la mujer no se levantaba. El rey siguió dándole golpes a la mujer, hasta que el rabo de vaca, que era un rabo de vaca viejo, se hizo pedazos; pero entonces el rey, muy enfadado, gritó furioso: "Traedme en seguida al hijo de Kalondi. Me ha engañado y voy a matarle."



Los emisarios llegaron a casa de Kalondi. Este estaba comiendo avellanas. Los emisarios le dijeron al hijo de Kalondi: "Ven inmediatamente a ver al rey." El hijo de Kalondi se guardó en el bolsillo las avellanas y se fué con los emisarios a ver al rey. Quiso hablar, pero el rey dijo: "Ese muchacho, que no hable una palabra. ¡Ni una palabra! En cuanto habla, le engaña a uno. ¡Traedme una piel de vaca!" Le trajeron la piel de vaca y dentro de ella envolvieron al hijo de Kalondi. Cerraron la piel cuidadosamente y ataron el paquete. El hijo de Kalondi se metió un puñado de avellanas en la boca. Cuando estuvo hecho el paquete, dijo el rey: "Está bien, ahora vamos a echar al agua al hijo de Kalondi. Os acompañaré yo mismo para convencerme de que lo hacéis bien."

El rey se puso en marcha con sus hombres. Dos de ellos llevaban en la cabeza el paquete donde iba metido el hijo de Kalondi. Así llegaron por el bosque hasta la orilla del río. Al llegar allí vieron a un antílope herido que corría. Un cazador le había metido una bala. El rey y su gente corrieron en seguida detrás de él. Los que llevaban el paquete con el hijo de Kalondi lo dejaron en el camino y corrieron también detrás del antílope.

"EL PAQUETE CORRE"

Quedó el paquete en el camino. Unos diula (comerciantes) pasaron por allí. Acababan de cruzar el río. En el momento en que pasaba el último de los diula, el hijo de Kalondi se puso a comer las avellanas que llevaba consigo, y al partirlas hacía ruido. El diula lo oyó, se paró y dijo asombrado: "¡El paquete come!" El hijo de Kalondi dijo: "No, a un paquete no se le dan tan buenas cosas de comer. Dentro hay un hombre." El diula dijo: "¿Qué comes?" El hijo de Kalondi dijo: "Tengo mucho que comer; abre un poco y te daré lo que me sobra." El diula abrió el paquete. El hijo de Kalondi dió un salto. Como era más fuerte que el diula, metió a éste en la piel de vaca y volpió a atar el paquete. Luego salió a escape.

El rey volvió con sus hombres de la persecución del antílope. Los dos portadores volvieron a coger su paquete. El que iba dentro del paquete empezó a gritar: "Yo soy un diula, yo soy un diulá, yo soy un diula." Los hombres dijeron: "Que tú eres un comerciante ya lo ha notado el rey, y bien que lo has engañado." Llegaron al río. El rey dijo: "Embarcaos en un bote y remad en aquella dirección. Cuando lleguéis a aquel remolino, en el sitio más hondo, tiradle al agua." Así lo hicieron. El rey lo vió por sus propios ojos. Cuando estuvo hecho, dijo: "Está bien. Vámonos a casa." El rey volvió con sus hombres a la ciudad.

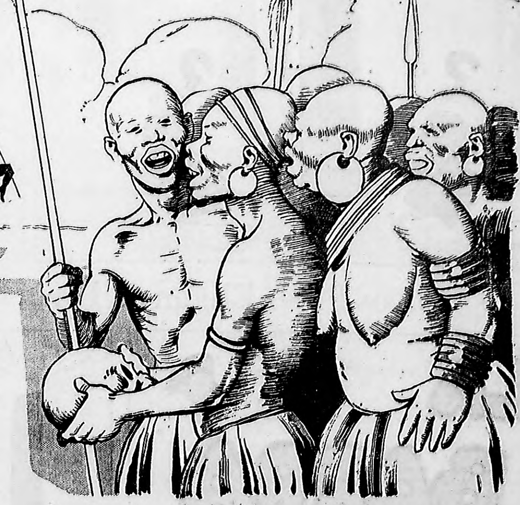
El hijo de Kalondi se había ido también a casa. Vendió toda su hacienda y compró hermosos vestidos y mucho oro. Un día había gran concurrencia en el palacio del rey. El hijo de Kalondi se fué a la corte. Se había puesto un traje magnífico, como no se había visto nunca en el país. La mano derecha la tenía llena de oro. Llegó al salón. Todos murmuraron: "¡Qué vestido más hermoso! ¡Qué riqueza! ¡Qué magnífico!" En cuanto al rey, por poco se le escapa una exclamación de asombro. El hijo de Kalondi llegó a donde estaba el rey, y con gran atrevimiento le enseñó la mano derecha llena de oro y dijo: "Tu difunto padre te saluda por intermedio mío. He cogido un poco de tierra que hay allí abajo y te la traigo como regalo. Pues has de saber que allá abajo toda la tierra es oro." El rey vió el oro y preguntó: "¿No te ha dicho nada mi padre?" El hijo de Kalondi dijo con reparo: "Sí, ha dicho que le visites alguna vez allá abajo y me dejes como representante tuyo." El rey vió el oro. Vió los magníficos vestidos. Kalondi dijo: "Estoy dispuesto a llevarte y a representarte aquí hasta la vuelta si me prometes volver muy pronto. Porque estoy establecido allá abajo y tengo veinte mujeres jóvenes. Por eso quiero volver pronto." El rey dijo: "Te lo prometo."

ENVUELTO EN LA PIEL

Antes que el hijo de Kalondi envolviese al rey en la piel de vaca, dijo: "Fíjate bien en el camino. Allí donde caigas debajo del agua está la puerta para el otro mundo." El rey dijo: "Tú procura que me arrojen al agua en el sitio justo." El hijo de Kalondi dijo: "De eso puedes estar seguro."

El hijo de Kalondi, como representante del rey, se llevó el paquete en que éste estaba envuelto. Hizo que lo arrojasen al agua en el mismo sitio en que se había hundido el diula. Cuando el rey se fué al fondo, cogió el hacha que llevaba al hombro, la tiró al suelo y les dijo a los esclavos del rey: "De hoy en adelante soy vuestro rey."

Así se hizo rey el hijo de Kalondi. Si él y su padre no hubieran sabido mentir, no hubieran llegado a tanto, de fijo.



Sucedió que un día el rey estaba borracho y el pueblo festejaba una gran fiesta con grandes bailes. El rey llamó a su favorita y la mató. Para resucitarla solicitó de sus soldados una calabaza con agua y volcó el líquido sobre la cabeza de la favorita asesinada

* *

GABULUKU Y GULUNDVE EN LA CASA DE LOS TESOROS

GABULUKU (un antílope pequeño) tenía una mujer y dos hijos. Gulungve (un antílope grande) tenía una mujer y dos hijos. Gabuluku se fué con un perro a una pradera de hierba alta y lo ató. Luego se fué a buscar a Tambue (el león) y dijo: "Tambue, he atado en las hierbas altas un perro. Es para ti sólo. Vete mañana por la mañana y cógelo. No se lo diré a nadie más".

Tambue dijo: "Bien está. Lo cogeré". Gabuluku marchó a su casa dando un rodeo. Se fué al pueblo de Kaschiama (el leopardo) y le dijo: "Kaschiama, he atado en las hierbas altas un perro. Es para ti sólo. Vete mañana por la mañana y cógelo. No se lo diré a nadie más que a ti". Kaschiama dijo: "Está bien. Mañana por la mañana lo cogeré". Gabuluku se fué a casa.

Al día siguiente por la mañana llegó Tambue a buscar el perro que estaba en la pradera de hierbas altas. Tambue quiso llevarse al perro. Pero por el otro lado venía Kaschiama, que también quería llevarse al perro. Tambue dijo: "Vete de aquí, Kaschiama; el perro me lo han regalado a mí". Kaschiama dijo: "Mientes; el perro es para mí". Tambue dijo: "Mientes y me robas el perro". Kaschiama dijo: "Mientes y me robas". Tambue pegó a Kaschiama. Kaschiama pegó a Tambue. Se pegaron, se pegaron, se pegaron. No había allí quien dijese: "Tú por aquí, tú por allí", y terminase la lucha. Era en la pradera de las altas hierbas. Cuando el sol se puso, los dos habían muerto.

MUY ASOMBRADA

Gabuluku llegó a la pradera de las altas hierbas. Vió a Kaschiama y a Tambue muertos y se puso muy contento. Cogió un cuchillo y le cortó la piel a Tambue. Cogió un cuchillo y le cortó la piel a Kaschiama. Cogió las dos pieles, se las llevó al pueblo y las puso a secar al sol. Gabuluku, su mujer y sus dos hijos durmieron sobre las pieles de Tambue y Kaschiama. Un día llegó la mujer de Gulungve y se quedó muy asombrada. Al volver a casa le dijo a su marido: "Nosotros dormimos en el suelo, y Gabuluku, su mujer y sus hijos duermen sobre las pieles de Tambue y Kaschiama".

Gabuluku fué otra vez al bosque. Anduvo y anduvo hasta que llegó al pueblo de los Bakischi (espíritus). Los Bakischi no estaban en casa; se habían ido. Todas las casas estaban cerradas. Gabuluku se fué a una casa y dijo: "Casa, ábrete, ábrete". La casa se abrió. Gabuluku encontró en ella muchas telas, muchos comestibles y muchas barras de cobre. Gabuluku lo cogió todo y se lo llevó a su pueblo, se lo dió a su mujer y a sus hijos, y todos quedaron muy bien vestidos. La mujer de Gulungve vió lo bien vestida que estaba la familia de Gabuluku. La mujer dijo: "¡Qué hermosas cosas tenéis! No quiero seguir casada con Gulungve; otros hombres buscan mejores cosas. Voy a dejar a mi marido". La mujer le dijo a Gulungve: "Mira qué bien vestidos andan la mujer y los hijos de Gabuluku. Tú no me traes cosas así".

Gulungve cogió dos cabras y se fué a buscar a Gabuluku. Gulungve dijo: "Toma estas cabras y enséñame cómo has conseguido esas cosas. Mi mujer y yo vivimos como salvajes". Gabuluku dijo: "Está bien; yo te lo enseñaré". Pasados algunos días, dijo Gabuluku: "Ven conmigo; vamos al pueblo de los Bakischi". Anduvieron y anduvieron, hasta que llegaron al pueblo de los Bakischi. Los Bakischi no estaban, y todas las casas estaban cerradas. Gabuluku dijo: "Subu, bululuka, bululuka, bululuka". Se abrió una casa, entraron en ella y hallaron muchas cosas. Metieron las cosas en sacos y se fueron a casa.

LAS CASAS CERRADAS

Al cabo de unos días volvieron al pueblo de los Bakischi. Anduvieron, anduvieron y anduvieron y llegaron al pueblo de los Bakischi. Los Bakischi no estaban; las casas estaban cerradas. Gabuluku dijo: Subu, bululuka, bululuka, bululuka". Se abrió una casa, entraron y encontraron muchas cosas buenas. Metieron las cosas en sacos y Gabuluku se llevó el suyo. Gulungve encontró un gran puchero con judías; apartó el saco y comió, comió, comió. Tanto comió, que se le hinchó el vientre. Gulungve tiró afuera su saco y dijo: "¡Toma mi saco!" Gabuluku cogió el saco y lo puso junto al suyo. Luego dijo: "Casa, ciérrate". La casa se cerró, no dejando más que una rendija muy estrecha. Gulungve quiso salir, pero no podía meterse por la rendija. Para ayudarle Gabuluku tiró de él con fuerza. El vientre de Gulungve estaba a punto de estallar. Gulungve exclamó: "Déjame, me va a estallar el vientre; más quiero quedarme en la casa". Gabuluku dijo: "Te aconsejé que lo sacases todo y no comieses dentro. ¿Por qué no has seguido mi consejo? Ahora no puedes salir. Quédate dentro y tápate con leña. Pronto vendrán los Bakischi". Gulungve se quedó y se tapó con leña.

Y VINIERON MUCHOS

Al ponerse el sol volvieron a casa los Bakischi. Primeramente vinieron muchos. Vinieron un hombre y una mujer. La mujer cogió leña y la echó al fuego. Gulungve miraba disimuladamente. La mujer cogió un puchero de agua y lo puso al fuego. Gulungve sacó el pie por entre la leña y le dió al puchero con él. El puchero de agua cayó en el fuego. La mujer le dijo a su marido: "Qué torpe eres. Has tirado mi puchero al fuego". El hombre dijo: "Si lo has hecho tú misma". La mujer dijo: "Mientes". El hombre dijo: "¡Déjame!" La mujer volvió a poner un puchero con agua al fuego.

Los Bakischi le preguntaron a Gulungve: —¿Cómo has hecho eso?

Gulungve respondió: — Os enseñaré el método, pero tenéis que traerme un hierro ardiendo y os abriré un camino.

Todos los Bakischi disputaron para que Gulungve les hiciera la operación.

Gulungve los hacía tumbar en el suelo, uno a uno, y los iba matando hasta que no quedó uno solo. Los bakischi creían que los caídos quedaban dormidos con la operación y no se percataban que estaban muertos sus compañeros, y así fueron quedando sin vida todos, sin excepción. Así mató hasta quince, pero quedaban muchos aun. Los que quedaban querían con apuro que Gulungve interviniera, pero éste exigió un paseo a la montaña, expresando que después volvería.

Dadme buenos vestidos. Salid todos afuera y tocad el tamtam hasta que yo vuelva". Los Bakischi dijeron: "Está bien". Le dieron vestidos, salieron al campo y se pusieron a tocar el tamtam. Gulungve subió a la montaña. Al llegar exclamó: "¡Yo me escapo! ¡Me escapo Bakischi!" Los Bakischi echaron a correr para coger a Gulungve. Cuando llegaron a la montaña, Gulungve se había ido ya.

Gulungve huyó y llegó al pueblo de los Kaschila (ratoncitos). Gulungve dijo: "Dame pronto una casa, Kaschila. Los Bakischi vienen. Voy a esconderme". Kaschila le enseñó un agujero. Kaschila dijo: "Métete dentro". Gulungve se metió en el agujero. Como los cuernos sobresalían, Kaschila cogió tierra blanca y frotó con ella los cuernos de Gulungve. Llegaron al rato los Bakischi y dijeron: "Kaschila, ¿dónde está Gulungve?" Kaschila dijo: "Gulungve no está aquí. Preguntad al oráculo dónde está Gulungve". Los Bakischi preguntaron: "¿Dónde está tu oráculo?" Kaschila señaló a los blancos cuernos de Gulungve y dijo: "Aquí. Coge un cuerno y frótalo, que yo frotaré el otro". Un Bakischi y Kaschila frotaron el supuesto oráculo. Kaschila cantó:

"Aguarda, aguarda.
El mismo Bakischi ve
la cabeza de Gulungve".

Los Bakischi dijeron: "Pero éste no es Gulungve. Es el oráculo". Kaschila dijo: "Ya veis que Gulungve no está aquí. Estará en la estepa". Los Bakischi volvieron a casa.

Gulungve salió del agujero. Kaschila dijo: "¡Págame!" Gulungve dijo: "Ya ves que no tengo nada aquí conmigo. Ven conmigo al pueblo". Kaschila dijo: "Está bien". Se fueron al pueblo de Gulungve. La mujer de éste dijo: "¿No te habías muerto? La gente decía que te habías muerto". La mujer de Gulungve hizo de comer. Kaschila y Gulungve comieron. Gulungve le dió cinco barras de cobre. Kaschila se volvió a su pueblo.

Gulungve estuvo cinco días en su pueblo. Al sexto día vino a verle Gabuluku. Gulungve le dijo a Gabuluku: "¿Cómo has encontrado las pieles de Tambue y Kaschiama? Yo también quiero pieles". Gabuluku dijo: "Haz un plato de judías con manioco y se lo daremos a Kaschiama. Cuando esté comiendo le pegaré con una raíz seca de manioco y le mataré". Gulungve se fué con una fuente llena de judías y manioco a Kaschiama y dijo: "Esto es para ti". Kaschiama dijo: "Está bien". Y se bajó para comer. Gulungve le dió con una raíz seca de manioco. Como es natural, la raíz se partió. Gulungve quiso escapar, pero Kaschiama le cortó el rabo. Gulungve corrió a su casa y saltó al desván. La sangre goteaba.

La mujer de Gulungve vino a casa y vió la sangre que goteaba del desván. Dijo: "¡Aaa! Mi marido ha cazado y ha dejado la pieza en el desván". Cogió un cuchillo y se dispuso a cortar un pedazo, pero Gulungve gritó: "¿Todavía me vas a cortar un miembro?"



Al día siguiente por la mañana llegó Tambue a buscar el perro, que estaba en las praderas. Kaschiama lo peleó, y se pegaron hasta que quedaron exánimes








Los Pibes Eligen al Tarta como su Capitán de Rugby, *por T. Knight*

























RELATO DEL MANCEBO QUE NACIO CON UNA ESTRELLA EN LA FRENTE Y LLEGO A SER REY

Ilustró PREMIANI

CIERTA vez un príncipe hizo una excursión náutica en un día muy hermoso. Primero fué con su barca a la desembocadura de un río y de allí salió al mar. Y el príncipe había llevado consigo su caña de pescar en el mar. Y cuando estuvieron en alta mar, arrojó el anzuelo. En las fuentes del río habitaba una princesa que estaba acostumbrada a lavar su cabellera en el río. Pero su cabellera era tan larga que llegaba hasta el mar. Y así, dió la casualidad que la cabellera de la princesa se enganchó en el anzuelo del príncipe. Ordenó por eso que volvieran atrás y remontaran el río con su nave para desenredar los cabellos de la princesa.

La barca remontó inmediatamente el río hasta su origen. Allí se apoderaron de la princesa y de una sierva. La mayor parte de las otras siervas se escaparon y corrieron junto al rey para referirle que la joven princesa había sido raptada.

LA HIJA DEL REY

Cuando oyó el rey que su hija había sido hecha prisionera, hizo sonar gongos y tambores convocando a sus súbditos para que buscaran a la princesa.

Mucha gente siguió la ruta de la hija del rey, y aun llegó a ver cómo el navío se internaba en el mar. Las gentes volvieron otra vez junto al rey y le dijeron que el navío había vuelto a internarse en el mar. — Y por eso, señor rey, vuestros esclavos no pueden seguir en su persecución.

El príncipe llevó consigo a la princesa y la hizo su mujer. Mas el navío no volvió a acercarse a tierra, sino que permaneció aún en el mar.

Un día, quizá en el momento de la puesta de sol, la princesa le dijo a su servidora que fuera sobre cubierta para echar un vistazo al mar. Entonces la sierva arrojó al agua a la princesa, pero no se fué a fondo, sino que pudo agarrarse en la quilla del navío. Mas entonces vino nadando un gran pez y sorbió los dos ojos de la princesa.

Y la sierva fué a la cámara de la princesa, púsose sus trajes y se tendió para dormir en el lecho de la princesa.

Cuando hubo venido la noche y fué ya la hora de comer, ordenó el príncipe que trajeran la comida de la princesa. Le llevaron, por lo tanto, su cena y pusieron todo en la mesa. La falsa princesa ordenó a los servidores que se retiraran; quería comer; pero no quería hacerlo en presencia de tanta gente, pues temía descubrir su rostro y su faz, que era completamente negra. Ocurrió lo mismo un día tras otro, hasta que el navío regresó a la patria del príncipe.

Apenas estuvo anclado el navío, cuando echaron al agua una canoa para llevar a tierra a la princesa, que no era en realidad la princesa, sino su servidora.

Pero la gente creía que era realmente la princesa. Por eso acompañaron a la sierva, la llevaron al palacio del príncipe y la introdujeron en una magnífica cámara. Permaneció allí día y noche, recibiendo siempre los más delicados alimentos.

No obstante, aun vivía la joven princesa que había sido arrojada al agua; mas sus ojos eran ciegos. No se había soltado de la quilla del navío. Y cuando oyó que el navío resbalaba sobre la arena, pensó que se había ido al fondo. Palpó con los pies, buscando la arena. Al hacerlo, tropezó con una gran roca. Se encaramó sobre ella, volvió a bajar por el otro lado, y siguió sintiendo bajo sus pies la arena. Una vez en seco, siguió a tientas su camino y llegó a un lugar, junto al río, donde la hierba crecía muy espesa. Se metió entre la hierba, y como tenía gran hambre cogió hojas y tallos y comió lo que le vino a la mano. Poco después, fruto de sus amores, tuvo un bello hijo que nació con una estrella en la frente y que era toda su fortuna. Ella no crió a su hijo más que con hierbas, y creció y prosperó y se hizo un hermoso mancebo.

HACE UN ANZUELO

Ahora bien, el lugar donde vivían no estaba lejos del palacio del rey. El hijo de la princesa jugaba diariamente junto al palacio. Y como una vez viera un insignificante trozo de hierro, lo cogió y lo escondió. Lo forjó e hizo de él un anzuelo. Y cuando el anzuelo estuvo terminado, buscó algunos cabos de cuerda, se los metió en el bolsillo y en casa los anudó unos a otros e hizo un sedal con ellos.

Después cogió el sedal y le ató el anzuelo. Y cuando hubo logrado hacer esto, se puso en marcha para pescar con el anzuelo y atrapar peces. Se los trajo a su madre. Parte de ellos quedaron allí, otra parte la vendió para comprar eslabón y yesca. Pues hasta entonces aún no habían podido encender fuego. También compró un puchero para poder preparar la comida. Cuando hubo terminado sus compras, volvió junto a su madre al sitio silvestre en que habitaban.

VENDEN LA PESCA

Le dejó aquellas cosas diversas y siguió adelante para buscar una cueva donde pudieran vivir juntos. Yendo de un lado a otro descubrió una gran gruta. Dispúsola de un modo bello y habitable y dirigióse otra vez adonde estaba su madre, cogió el puchero y los peces, los llevó a la gruta y dejólos allí. Entonces regresó otra vez junto a su madre, la guió hasta la gruta, y cuando los peces estuvieron cocidos, los comieron reunidos.

A la otra mañana volvió a salir de pescar al mar y regresó con muchos peces. Parte de la pesca la dejó allí y la otra se la vendió a los ricos de la aldea. Con el producto compró hermosas telas y agujas e hilo. Todo se lo llevó a su madre a la gruta. Mas ella no podía coser, pues sus ojos seguían siendo ciegos. El mozo pensaba que acaso aun estarían los ojos de su madre en el buche del pez, y le dijo a la madre:

—Quiero comprarme un gran arpón y una cerda larga y tratar de coger al gran pez. Me parece que aún tiene tus ojos en la panza.

AQUI ESTAN TUS OJOS

Cuando hubo dicho esto, escogió un tronco grueso. Lo vació y se hizo de él un bote. Después coció gran cantidad de comida, arroz y peces, que quería llevar consigo en su viaje en busca del gran pez que había sorbido los ojos a su madre. Cuando todo estuvo preparado, arrastró el bote hacia el mar y vogó hacia el paraje donde el agua era más profunda y más negra. Pasaron seis días antes de que apresara al pez que había sorbido los ojos de la madre. El gran pez se tragó el anzuelo y arrastró el bote detrás de sí durante gran trecho, hasta que se le acabaron las fuerzas. Entonces el joven le dió muerte. Entonces se puso a cavilar, cómo debía hacer para volver con el pez junto a su madre. Pensó durante algún tiempo, y acabó por atarlo firmemente a su bote. Y remó hacia tierra. Cuando hubo llegado a la orilla, subió al pez y lo arrastró hasta la gruta delante de su madre. Allí le abrió el buche y encontró los ojos de su madre, que estaban aún muy bien conservados.

Los cogió en la mano y le dijo a su madre:

—Madre, aquí están tus ojos.

La madre respondió:

—Hijito mío, ya sé que me cuidas mucho y trabajas fielmente para mí y por eso has ido en busca de mis ojos.

El mancebo repuso:

—Querida madrecita, guarda con cuidado tus ojos; yo voy a comprar una medicina para limpiarlos.

Y la madre respondió:

—Bien, hijo mío.

Por lo tanto, quería ir a comprar la medicina. Encontró a un hombre y le preguntó:

—Eh, amigo mío, ¿tiene usted alguna medicina para que vuelvan a ver claro los ojos enfermos?

El hombre dijo:

—Hay gran abundancia de tal medicina, pero la botella cuesta medio escudo.

Entonces preguntó el joven príncipe.

—¿Pero una botella grande?

El hombre respondió:

—Sí; una botella grande.

Entonces dijo el príncipe:

—Está bien, vayamos por la medicina.

Y los dos siguieron adelante. El príncipe compró una botella grande de la medicina y volvió con ella junto a su madre. Lavó y limpió con aquel producto los ojos maternos y se los colocó. La madre dijo:

—Lávalos aún un poquito más, están todavía un poco turbios.

El mancebo se los volvió a quitar, los lavó, los dejó preciosamente limpios y se los volvió a dar a su madre:

—¿No es verdad, madrecita, que ahora están claros?

Y la madre respondió:

—Sí; ahora están muy limpios — y le habían quedado tan firmes como los de los otros hombres.

AHORA PODRE COSER

Y ahora pudo coser un jubón y un par de pantalones que debía llevar el mancebo.

Un día las gentes prepararon una riña de gallos. El rey también concurrió para ver la muchedumbre que se había reunido para la riña de gallos. Había mucha gente. También el principito se dirigió allí. Y para que la gente no pudiera ver que tenía una estrella en la frente, se la envolvió con un paño.

Después cogió un gallito pequeño y lo echó a reñir con el gallo grande de otro hombre. Antes le dijo al dueño:

—Fijemos sólo un premio pequeño, porque mis fondos son bien escasos.

Y el hombre dijo:

—Bueno.

Entonces soltaron los gallos uno contra otro. Ganó el del príncipe. Se puso a bailar de alegría. Y al bailar se le cayó el paño que se había envuelto en la frente, de modo que el rey pudo ver que el mancebo tenía una estrella en la frente. El rey lo llamó y le dijo:

—Ven mañana a mi palacio, quiero dar una fiesta.

El príncipe replicó:

—Sí, señor rey. Pero vuestro siervo no osa penetrar en vuestra casa.

El rey respondió:

—Mañana tienes que venir con tu madre a aquella casa negra.

A lo cual respondió el príncipe:

—Está bien, señor rey. Mañana por la mañana aparecerán ante vos vuestros siervos.

Y el rey dijo:

—Bueno.

A la mañana siguiente, el príncipe habló con su madre:

—Cuando vayamos al palacio del rey, guarda silencio y no abras la boca, pues quiero hablar yo con el rey.

Después se pusieron ambos en camino. Cuando llegaron delante del palacio, salió a su encuentro el rey y los invitó a pasar adentro. El rey les rogó que tomaran asiento y ordenó a un esclavo que trajera prontamente los manjares: —Pues quiero comer con estos dos.

Los esclavos trajeron la comida, y cuando estaban a mitad del banquete, el príncipe habló con el rey sobre tiempos pasados y le dijo:

UNA SIERVA ASTUTA

Una vez era una princesa que habitaba en otro país y lavaba en un río sus cabellos. Un príncipe la hizo prisionera, junto con una sierva, y las llevó a su navío. La princesa llegó a ser su esposa. Una tarde, a la puesta del sol, la princesa dejó la cámara con su sierva para contemplar un poco el mar. Pero la sierva era astuta y lanzó por la borda a la esposa del príncipe, se puso sus trajes y se tendió en su lecho. Pero la princesa no había caído a lo hondo, sino que se mantuvo agarrada a la quilla y llegó así hasta el país del príncipe. No se desprendió del navío. Cuando hizo pie, marchó a tientas por la arena hasta encontrarse en seco. Y cuando hubo llegado a lo seco, tuvo un hijo que tenía una estrella en la frente.

El rey recordaba muy bien todos estos acaecimientos y dijo: —Entonces son mi mujer y mi hijo.

Y corrió a ellos, abrazó a su esposa y a su hijo y lloraron los tres.

Cuando hubieron acabado de llorar, ordenó el rey a sus siervos que convocaran a sus dignatarios y súbditos para juzgar a la sierva.

TRAEN A LA SIERVA

Cuando estuvieron reunidos los dignatarios, algunos de ellos recibieron la comisión de ir al palacio y traer a la sierva. Al ver aparecer aquella gente en su cámara, gritó ella:

—No me saquéis fuera, mis ojos no pueden soportar la luz.

Pero la gente le respondió:

—Está bien. Puedan o no tus ojos soportar la luz, te hacemos prisionera.

Gritando, la sacaron por la puerta. Cuando le quitaron los velos del rostro, vió la gente que su semblante era negro y calva su cabeza.

Y el rey ordenó que fuera atada, con los miembros separados, en la puerta de la cuadra de los búfalos. Después, cuando la gente llevó a la cuadra a los búfalos, los animales la acometieron y la despedazaron con sus cuernos.

* ❖ *

Y el rey ordenó que la sierva usurpadora fuera atada en la puerta de la cuadra de los búfalos. Los animales la acometieron y la despedazaron con sus grandes y largos cuernos

* ❖ *



POLVO DE NIEVE
LE SANCY
Piel Natural
Ocre
Rosado
LE SANCY
Caja Grande $1.90
Caja Media 0.70
además en los tonos
Piel Natural, Rachel,
Ocre, Morocho, Rosado.
...y siempre LE SANCY
Porque es el polvo que jamás se agruma,
y de fácil adherencia;
porque sus colores son transparentes,
y combinables;
porque sienta a todos los cutis,
y a todas horas;
y porque es el más fino y económico,
de los polvos de tocador.
Perfumería Dubarry
Sintonice la "Audición Selecta Le Sancy"
los LUNES, MIERCOLES y VIERNES de 21 30 hasta 22 30
por L. S. 5. Est. Rivadavia
Canta el barítono de fama mundial JOAQUIN VILLA

JORNADA MULTICOLOR

Mayor Circulación Sudamericana

Sección Magazine de JORNADA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sábado 19 Dic. 1931



A PLENO PULMON Y A PLENO SOL

MIENTRAS la ciudad es un horno en los peores días de verano, los que pueden gozar de la felicidad de revolcarse en la arena de una playa leen con fruición el rabioso ascenso de la temperatura que está fundiendo el asfalto de la Avenida.

—Ché, qué bárbaros, están en 38 en Buenos Aires; en Santiago del Estero han llegado a 42; pobres los santiagueños.

Y esto da más gana de quedarse en la arena, de gozar del embate de las olas, de quemarse al sol para estar a la moda.

Pero ya no es Mar del Plata la playa de los potentados. Es también el lugar de descanso del modesto empleado, del obrero laborioso, de la simpática dactilógrafa que ha estado tocando el piano del abecedario durante todo el año. La gente desparramada a lo largo de las playas del Atlántico y el río se hace más amigo de la ciudad. Guarda sus tormentas para mejor época y deja que mansamente lo dominen todos cuantos quieran relacionarse con sus riberas.

A pleno sol se goza del aire fresco. El pueblo es más pueblo en el ansia de gozar del fresco. Ha olvidado momentáneamente el férvido trajín de las calles, la intensa actividad de las fábricas, la labor adormecedora de las oficinas, el expedienteo burocrático. Se percibe una intensa sensación de libertad ante el viejo mar sonoro que brama con su recuerdo de tempestades. El mar, el mar grita el empleado, la modistilla, el obrero el día que estrena su traje de baño y pisa la arena entibiada por el sol de la mañana.

(Ilustró Güevara)

EN ROUGE PLANT, NADIE PUEDE SENTARSE, NADIE PUEDE FUMAR

Por ERNST TOLLER

Ilustró BRAVO

VISITE en Detroit las fábricas Rouge Plant. Dos obreros que llevaban trabajando para Ford muchos años, me acompañaban.

Llegamos al gran edificio de recepción. Nos dieron un guía especial, un ex oficial norteamericano que había perdido un brazo en la guerra. Montamos en un autobús y nos dirigimos, en primer lugar, a la manufactura. Imagínese un local inmenso, en el que trabajan codo con codo, junto a los bancos de herramientas, en medio de un ruido horroroso, millares de hombres. Sobre sus cabezas corre la cadena. Cada hombre hace una maniobra: durante ocho horas cabales, infinito número de veces, la misma y única maniobra.

La misma y única maniobra.

Aquél coloca un tornillo.

Aquél, una cápsula.

Aquél sujeta las tuercas al cigüeñal.

Aquél, una pieza de suspensión.

Aquél da dos martillazos.

Aquél perfora con un taladro autógeno.

Aquél dirige a la máqunina la cinta de latón.

Aquél amontona las láminas remachadas.

Siempre la misma maniobra...

Cada uno de los 125.000 obreros trabaja ocho horas. El día se divide en tres equipos. Nadie puede hablar. Nadie puede fumar. Nadie puede sentarse. Incluso el delineante del instrumental tiene que trabajar de pie ocho horas enteras. Cuando uno quiere ir al evacuatorio, tiene que alzar, como los chicos en la escuela, un dedo, y esperar hasta que el capataz pone en su lugar a un obrero suplente. ¡Ay si, al entrar al nuevo equipo, los del relevo cambian sólo tres palabras con los que vienen a relevar! Serían castigados o despedidos inmediatamente. El castigo consiste en que el culpable pierde el trabajo unos días o semanas. Es el peor castigo para un obrero: no ganar nada. Y cuando vuelve, puede sucederle que le destinen a otro trabajo de jornal inferior.

• • •

En una fábrica cerca de Filadelfia — cuyo nombre he olvidado —, cuando un obrero llega puntualmente a su sitio de trabajo todos los días de la semana un minuto antes de la hora señalada, recibe, como prima, el salario de dos horas. Pero si llega una vez un minuto después, se le descuentan seis horas de jornal.

¿De dónde les viene a los amos de las fábricas el derecho de imponer castigos tan ilegales? De su poder ilimitado. Se comprende que muchos industriales alemanes miren llenos de avidez hacia los Estados Unidos. De buena gana imitarían este sistema de castigos, pero sin implantar el sistema norteamericano de salarios.

Por todos los ámbitos de la fábrica circulan los guardias particulares de Ford y los confidentes que vigilan a los obreros. Los guardias visten uniforme como los del Estado. Según la Constitución, no deberían tener ningún derecho policiaco. Pero se los toman: llevan porra y revólver. Cuando un obrero comete una infracción del reglamento de la fábrica, le detienen y le conducen a su despacho. No es raro que con tal motivo el obrero reciba golpes y puñetazos. En Pittsburgo se ha dado el caso de que los guardias de fábrica mataran a tiros a un obrero. Los jueces los absolvieron. Los estudiantes que protestaron contra la absolución fueron expulsados de la Universidad.

Mi amigo me contó un ejemplo de esta "educación" corriente: Al entrar en la fábrica Ford, cada obrero recibe una chapa con un número. Si pierde esta chapa, que vale un par de céntimos de dólar, tiene que pagar a la fábrica, como castigo, varios dólares.

• • •

Cada obrero tiene quince minutos para comer. No hay comedores especiales para los obreros. En un local renegrido y oliendo a todos los olores químicos posibles, circulan unas cocinas ambulantes. En ellas compran los obreros por 25 céntimos de dólar un "lunch-packet", que contiene dos sandwiches y alguna fruta, una sopa en un vaso de papel y una botellita de café. Y si lo desean, lo pueden engullir sentándose en el suelo. Pero los proletarios de cuello planchado, empleados y funcionarios tienen limpios comedores soberbiamente dispuestos. Allí, de largas mesas se coge una bandeja, platos y cubiertos, se coloca la bandeja sobre las dos barras que corren a lo largo de las mesas del "buffet", y encuentra uno lo que le gusta: diferentes sopas, baratos y bien condimentados platos de carne y de legumbres, diversas ensaladas, compotas, pasteles, café y leche. La última estación es la caja. El cajero echa un vistazo a los platos y le pone a uno en la mano la nota, que se paga a la salida, después de comer. ¿Por qué no construye Henry Ford iguales comedores para sus obreros? Entra también aquí una parte de refinada psicología. Porque los empleados no están mejor que los obreros. No cobran al mes, como en Alemania, sino semanalmente. Hay obreros que ganan más. Pero con este método inteligente se halaga el amor propio de los empleados.

• • •

El salario mínimo de Ford es de seis dólares por día. La semana de trabajo es de cinco días. También en otras fábricas está establecida la semana de cinco días. En Nueva York doscientos mil obreros sólo trabajan eso. Algunos obreros llegan a ganar un salario semanal de setenta a setenta y cinco dólares. Pero en estos últimos tiempos, como ha empezado el gran estancamiento del mercado, Ford despide con preferencia a los obreros mejor pagados. Estos despidos no se llevan a cabo como en Alemania, donde hay que cumplir reglamentos y cláusulas establecidos, y donde, por ejemplo, antes del despido definitivo hay que dar al obrero un trabajo corto. En América, miles de obreros que por la mañana no tienen de ello ninguna idea, pueden ser arrojados por la tarde a la calle. A pesar de esto, millares y millares de obreros de todas las naciones y de todas las razas corren atropelladamente hacia Ford. El trabajo está tan mecanizado, que cualquier profano aprende en media hora las operaciones. A las once de la noche ya forman cola los primeros delante de la oficina de contratación. Frecuentemente los que buscan trabajo se estacionan en bandadas por la mañana delante de la fábrica. Cuando no hacen falta obreros se cuelga un cartel: "Hoy no hay ninguna plaza". Y si al cabo de una hora no se han marchado los obreros, llegan los bomberos y los dispersan con las mangas.

Además de la manufactura vi las fundiciones de acero, en las cuales fabrica Ford sus propias planchas de acero; las fábricas de cristal, en las que se funden, cortan y pulen a la cadena los cristales irrompibles; los altos hornos y otros departamentos en los cuales se fabrican diferentes partes del automóvil. En un patio se hallaba una montaña de chatarra: restos oxidados de 196 veteranos barcos de guerra que Ford ha comprado a bajo precio al Gobierno para volverlos a fundir.

• • •

Mi cortés guía me hizo advertir que en esta fábrica no se admiten mujeres. Henry Ford, me dijo, quiere que las mujeres miren por sus hombres y cuiden del gobierno de la casa. Naturalmente, estos guías son buenos jefes de propaganda, y Ford consiente que el reclamo le cueste su dinero.

—¿Trabajan todos los obreros con la luz del día?

—"Sure" — dijo el guía.

Pero después vi los talleres con lámparas, cuyas luces daban un tinte verdoso a las caras de los hombres.

¿En todas partes hay la misma limpieza que en este taller?

—"Sure" — repuso el guía.

Pero después dirigí una mirada a un local donde se pintaban los coches al aerógrafo; hedía allí insoportablemente y los obreros usaban máscarillas.

Cuando el guía me refirió después que el 73 por 100 de los obreros de Ford poseen casa propia y el 78 por 100 sus "autos" propios, yo también dije:

—"Sure".

• • •

Antes de abandonar la fábrica miré el local en que todas las partes se reunen en una sola cadena, hasta que al fin el automóvil terminado sale por su propia fuerza, conducido por un obrero, cruza al puesto de inspección y va al gran salón de ventas. Allí esperan los agentes y recogen los automóviles terminados. Porque Ford sólo fabrica los automóviles que han sido encargados y pagados. Todos los días abandonan la fábrica 600 automóviles aproximadamente. Las piezas sueltas no se amontonan en un depósito, sino que son cargadas con grúas, en el mismo lugar de trabajo, en cajones construídos por Ford, y estos cajones son levantados hasta los vagones de acero que esperan en las vías del inmenso salón. Cuarenta trenes con 400 vagones abandonan todos los días este salón

Me despedí de mi guía y me hallé fuera, delante de la fábrica. Era la hora del relevo de equipo. Docenas de miles de obreros salían en tromba. Observé sus rostros. Ninguno parecía mal alimentado; pero todos tenían un aire indefinido de cansancio, de agotamiento. Y cuando luego se sentaban en los tranvías y autobuses, muchos se dormían inmediatamente. "Ford's hell", "el infierno de Ford", llaman los obreros a la fábrica.

La mecanización del trabajo, en cuanto ahorra la fuerza de trabajo superflua, tiene para la sociedad una gran importancia. Pero cuando el hombre queda reducido a inerte palanca o martillo, el resultado es problemático. Este peligro no puede ser atenuado sino cuando, en particular, aquél no trabaje ya ocho horas 'mecánicamente", cuando en el tiempo libre conseguido reciba la posibilidad de desarrollar todo aquello que en él vive de creador y fecundo. Ya es harto triste que el hombre no sepa del trabajo lo que antes sabía el obrero de oficio, que a cada segundo repita sólo la misma inerte maniobra. En Ford nadie puede abandonar el puesto donde trabaja, nadie puede visitar otro taller. Así, puede suceder que un hombre, durante toda su vida, dé un único e igual martillazo en una pieza de "auto" sin que nunca se eche a la cara un coche terminado en el cual haya él colaborado.

Con H. Ford, el maquinismo llega a lo máximo posible

ESCRIBE ERNST TOLLER

Ernst Toller nació en 1893 en Kolmar. Ha estado preso varias veces, y la policía de Baviera, en épocas de carestía, ofreció 10.000 marcos a quien lo detuviese. Toller es uno de los espíritus más inquietantes de Alemania; escritor dotado de un agudo sentido de observación y de una aptitud crítica violenta y acerada, sus libros son verdaderas polémicas contra la organización actual del mundo. Esta es la única causa porque ha sido declarado enemigo del orden. Los párrafos que transcribimos han sido tomados de su libro "Nueva York-Moscú".

He aquí el interrogatorio que le hicieron al desembarcar en la ciudad de la Libertad de Bartoldi.

—¿Se llama usted Ernst Toller?

—Sí, señor.

—¿Ha estado usted encarcelado?

—Sí, señor.

—¿Ha matado usted?

—No.

—¿Piensa usted, señor, que deben ser asesinados todos los jefes políticos?

—No.

—¿Excitará usted en sus mitines al asesinato de los jefes norteamericanos?

—No.

—¿Si viviera usted en Baviera, intentaría derribar otra vez el gobierno?

—No puedo contestar esta pregunta, porque no estoy en Baviera.

SEMBLANZA DEL PERIODISTA QUE HIZO CAER A LORD KITCHENER

Por TOM CLARKE

LORD Northcliff era uno de aquellos hombres que suelen atraer y despertar la imaginación popular. Una parte del atractivo personal que ejercía aquel hombre sobre toda persona que entraba en contacto directo con él se propalaba por el mundo, y los americanos leían todo lo que se publicaba acerca de lord Northcliff y seguían el rápido vuelo de su carrera con idéntico interés que los compatriotas de aquél. El nombre del lord, aun en su vida, fué rodeado de una leyenda. Y era natural porque los métodos con que procedía eran llamativos y su carácter tenía o por lo menos parecía tener algo de misterioso. Era difícil verlo con toda claridad a través de la superficie brillante y centelleante con que solía presentarse ante el mundo. No podemos más que hacer conjeturas acerca de lo esencial de este hombre y de los móviles que lo impulsaban. El gran mérito del libro de Clarke consiste en que pone a Northcliff en un foco más destacado que nunca, permitiendo verlo mejor.

Tom Clarke, por espacio de varios años, fué editor de noticias de Northcliff, en "Daily Mail", conservando este puesto hasta el momento de la muerte del lord periodista. El libro de Clarke no es una biografía, sino una memoria de esta asociación. Los años que menciona son los de actividad más amplia e importante de la vida de Northcliff, inclusive el período de la guerra y el inmediato de la post-guerra. Durante aquella época el señor Clarke llevaba un diario, sobre el cual, en su gran parte, está basado el libro en cuestión.

Escrito con sencillez, con la encantadora ausencia de toda clase de pretensiones, llena con pleno éxito su propósito de crear un retrato indeleble y vivo.

Refleja el personaje de Northcliff en una variedad de circunstancias: en el momento de su gran actividad y en el de sus descansos; aunque aquel hombre no permanecía casi nunca en pleno reposo. Su mente trabajaba sin cesar y la energía que solía producir vibra aún en las páginas del libro de Clarke, haciendo sentir la pulsación de las noticias, lo que raras veces sucede, tratándose de los libros que hablan del mundo del periodismo.

Cuando uno se acuerda de Northcliff, ante todo le viene a la memoria su fogosa energía y luego lo que Clarke llama su "gesto napoleónico". El lord usaba hasta el peinado con un mechón en la frente. Sin embargo, según afirma Clarke, esas vanidades eran inconscientes en él. "Cuando me aconsejó ver el sombrero de Napoleón en Fontainebleau y me dijo con tono serio: "Lo he probado y me queda bien", había algo en todo su ser que privaba de la posibilidad de ver la parte ridícula de su proceder".

Ese "algo", de acuerdo con la opinión de Clarke, era lo eterno infantil en lord Northcliff. Aquellas palabras eran propias de un muchacho, y Northcliff había conservado en su alma de hombre muchos rasgos infantiles. En este hecho se puede encontrar la clave de su carácter y hasta una explicación de la forma en que se valía del periodismo.

• • •

"Lord Northcliff—dica Clarke, — gustaba de la compañía de los jóvenes. El mismo poseía en sumo grado la audacia, la impaciencia, la impetuosidad, las fantasías y los trucos, el carácter travieso y hasta la crueldad irreflexiva de un chico. Tenía la pasión infantil de penetrar en el fondo de las cosas. Se entusiasmaba como un muchacho en las novedades de su época, tales como el automovilismo y la aviación... Noticias acerca de los tiburones, caníbales, lobos, aves, serpientes, etc., siempre despertaban su interés. Una vez cambió a la última hora toda una página principal armada, para colocar en ésta un artículo sobre un libro de aventuras en Nueva Guinea que tituló así: "Un libro de chicos para hombres".

Su contribución al periodismo se reflejó, en primer lugar, en el gran aumento de lectores de diarios en Inglaterra. Para estimular el interés a las noticias diarias en la masa de sus compatriotas; lord Northcliff ha hecho, probablemente, más que cualquier otro ciudadano inglés. Este esfuerzo se tradujo en la publicación del material que parecía trivial a la tradición periodística de Inglaterra; pero que atrajo nuevos lectores y ensanchó enormemente los canales de la opinión pública. Su impaciencia para con todo lo que no era fácil de conseguir y que no era claramente explicable, le ayudó a conseguir el público que deseaba.

• • •

El libro de Clarke dice que Northcliff ha sido un verdadero rey en sus empresas periodísticas; que no admitía contradicciones a sus planes ni cambios a sus órdenes. Es cierto que era exigente, que raras veces pedía consejos y se ponía impaciente si no le gustaban; pero aquellos de sus ayudantes a los que tenía plena confianza a veces solían ponerle trabas deliberadamente, osando sufrir la descarga de su mal humor. Uno de esos era Thomas Marlow, editor y presidente del directorio de "Daily Mail". Cuando Inglaterra tomó parte en la guerra, Northcliff era contrario a la idea del envío de las fuerzas expedicionarias británicas a Francia. "La marina debía hacer el papel de Inglaterra", — decía. — "Ni un solo soldado — exclamó Northcliff, — irá con mi consentimiento. Dígalo así en el diario mañana". El señor Clarke dice que los tipógrafos han tenido una noche febril.

"Han recibido dos artículos de fondo, uno preparado por el jefe y el otro por Marlow, y dos artículos y editoriales para el diario, uno (hecho por el jefe) contra el envío de las tropas a Francia, y otro (hecho por Marlow) contrario al punto de vista del jefe. Los dos estaban preparados para la publicación en forma de página, y hasta el último momento los tipógrafos no sabían cuál de ellas se iba a publicar.

Gonó Marlow, y no sólo en esta ocasión.

El punto culminante en la actividad de Northcliff durante el período de la guerra fué su famoso ataque contra lord Kitchener, ídolo de toda Inglaterra en la época de la embestida de Northcliff. Este se ha convencido de que la insistencia de Kitchener sobre el uso del shrapnel, que resultó ineficaz para derrumbar los alambrados y las trincheras germanos, representa un mal consejo, y que los graves desastres británicos y la falta de explosivos en el frente se debían a su testarudez. El gobierno estaba en desacuerdo y se presentía la formación de un gabinete de coalición. En la mañana del 21 de mayo de 1915. "The Daily Mail" ostentaba valientemente en sus columnas el título: "El escándalo mayúsculo". "El desatino trágico de lord Kitchener". "La lista de nuestros terribles desastres". "La causa de la crisis del gabinete". Northcliff escribió personalmente el artículo, con el apoyo del leader editorial Mr. Marlow.

Durante todo el día, el teléfono en Carmelite House, residencia del lord, no dejó de sonar. Los lectores expresaban sus protestas. Las copias de "The Times" y "The Daily Mail" fueron quemadas en el Stock Exchange. Northcliff continuó el ataque y "The Daily Mail" estaba proscripto en muchas bibliotecas públicas y en los clubs más aristocráticos. Pero Northcliff no cejaba en su propósito y fué formado el Ministerio de Municiones con Lloyd George a su frente.

El señor Clarke cree que la gran decepción de la vida de Northcliff fué el hecho de que Lloyd George no lo hizo miembro de la Delegación de la Paz. Clarke nunca supo por Northcliff los pormenores de su querella, pero Lloyd George le dijo un día: "Cuando Northcliff me pidió que lo incluyera en la Delegación de la Paz, lo mandé al infierno. Rompí con Northcliff. Me negué rotundamente a tenerlo en la Conferencia de la Paz. Lo he tolerado por espacio de cuatro años. La ruptura había de venir, desde el momento que él quiso mandarme. En calidad de primer ministro, no pude admitirlo. Northcliff ha creído que podía gobernar el país. Eso no lo podía permitir yo. Fué una cosa muy buena para mí que no me dejara gobernar mientras él vivió; de lo contrario, este hombre hubiera pretendido que lo había hecho todo. Yo estaba en compañía de Poincaré cuando supe la muerte de lord Northcliff. La noticia hizo una impresión muy honda sobre Poincaré. Estaba muy emocionado, como si se le hubiera derrumbado un apoyo muy sólido. Northcliff ha sido un gran hombre, pero no se le podía permitir dominar al primer ministro".

La querella, según afirma Clarke, era probablemente inevitable. Los dos hombres se parecían demasiado en sus resentimientos. En los últimos años antes de la muerte de Northcliff, su cara solía ensombrecerse al oír nombrar a Lloyd George, como si hubiera pensado: "Es el único hombre que me desafía realmente".

"El estaba convencido, — dice Clarke, — de que había favorecido mucho a Lloyd George durante el período más crítico de su carrera pública y hasta una vez lo oí referirse en breves palabras a esta circunstancia. Dijo que el había literalmente "empujado" a L. George al puesto de primer ministro, ayudándole en ese alto cargo. Además dijo que Lloyd George no se alegraba demasiado del puesto, porque temía la resurreción de lord Asquith, que, después de todo, podría volver a subir a la cima. Lloyd George deseaba saber qué podría suceder entonces. "Le dije —agregó Northcliff, — usted tiene su pluma".

Esta luz lateral sobre los acontecimientos en que tomó parte Northcliff tiene indudablemente un interés histórico. Sin embargo, el libro del señor Clarke tiene mucho más valor por sus rápidos bosquejos del "jefe" en sus relaciones con las personas con las cuales tenía contacto diario. A veces les amargaba bastante la vida, pero, en la mayoría de los casos, ellas lo aguantaban gustosas, profesándole el cariño que merecía.

El señor Clarke defiende a lord Northcliff contra la recriminación de que despedía fácilmente a la gente de sus diarios, basándose en el hecho de que aquél estaba siempre dispuesto a dar a todo periodista la oportunidad de destacarse. Si el hombre resultaba incapaz de aprovecharla, ya no se interesaba más por él. Era un periodista muerto para el lord periodista.



Lord Northcliff

UN JUGO PURO Y FRESCO DE CARNE CRUDA

El *Fluid Carnis Estrella* es el tónico más poderoso. Por sus cualidades nutritivas y por la rapidez y seguridad con que regenera la sangre y la enriquece de glóbulos rojos, lo recomiendan las eminencias médicas para curar las afecciones del pecho y pulmonares; los estados de debilidad, convalecencia y enflaquecimiento; la dispepsia y enfermedades del estómago; la neurastenia y la anemia.

∴

El hecho de ser preparado por las Grandes Fábricas y Laboratorios Farmacéuticos de la Droguería de la Estrella — que es el establecimiento más grande que hay en Sud América para la elaboración de productos medicinales — constituye la mejor garantía de la pureza y eficacia del *Fluid Carnis Estrella*



FLUID CARNIS ESTRELLA

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS DE LA REPUBLICA

Una Aventura de Ordago

Por C. Abregú Virreira

Ilustraciones de N. Seditsira

EN la plenitud de la mañana, tibia de sol, irrumpe la noticia sensacional, difundida con anticipación y en voz baja, por el empresario del teatro.

Ya comienza el ir y venir por las veredas de la plaza principal, de leguleyos y empleados oficiales; de viejas matronas de regreso de la primera misa y de mucamas de vuelta del mercado.

Un auriga, desde el pescante del vehículo, fuma su chala con anís y saluda a todos con igual displicencia. Tiene, sin embargo, algo nuevo que comentar entre sus clientes noctámbulos. El fué, cabalmente, uno de los que esa madrugada condujo al hotel a una parte del elenco de la compañía. Sabe ya dónde se alojan las mujeres y qué cara tienen. Se acuerda de una, sobre todo, de hermosa boca roja y ojos enormes y expresivos.

—¿Qué tenemos de nuevo, Pashira? — preguntó don Nicolás, vejete amigo de polleras y propietario de un almacén ubicado al frente de la plaza.

Y el cochero responde con ligera sonrisa de importancia:

—Hay que ió he'i sio el que tiene más banca entre las niñas.

Y a continuación Pashira describe e inventa las cosas maravillosas del amor, llegado de Buenos Aires con los que "han andado en la Metrópoli" gastando horas de vicio detrás de las mujeres.

Esa noticia va entonces de boca de don Nicolás a oidos de los primeros clientes, de los jueces, de los litigantes, de los empleados, y llega a mediodía a las mesas del café y a las del almuerzo, donde ya está tenso el garfio del celo en las esposas.

—Supongo que esta noche me llevarás al teatro — pregunta la señora.

—Sí, posiblemente — responde don Nicolás—. Todo depende de la hora en que me desocupe de un asunto impostergable en casa de don Antonio.

—¿Precisamente esta noche?

—Sí, esta noche, precisamente.

Pero la esposa, que ha oido y tolerado siempre igual pretexto, no está dispuesta al último engaño y trema con voz chillona.

—Esta vez no te creo, aunque jures. Acordate de la otra compañía y de los papelones que hiciste detrás de esa muchachota sin pantorrillas.

Generalmente ese día no se almuerza a gusto en la ciudad, pero como la siesta está linda para andar por el Parque, don Nicolás sale a la calle con el conflicto a cuestas y un grave gesto de reflexión en la frente. Va por la acera del teatro, por si "ve algo", y a poco se enfrenta con don Antonio y el Cuchi Díaz, que también andan por ahí, rondando entre charla y charla. Uno de éstos habló ya con el empresario, convertido en megáfono de elogios y en hombre de extraordinaria influencia. Como es amigo del gobernador, se ha comprometido a conseguirle una subvención que está marchando por sobre rieles, con el Choco Gorostiaga al frente.

El Cuchi las ha visto en el hotel y cuenta con las confidencias del hotelero y los mozos, sobre todo con las del Fiero Chaza, que es como mandado hacer a medida para esas cosas. Don Nicolás, entre tanto, escucha y sonríe.

Con tales datos llegan al Parque. Un grupo de mujeres y hombres llena la hora de risas joviales. Son ellas, las de la compañía, que vienen hacia el bufet, bañado en luz solar. Los provincianos se acicalan y esperan, pero ellas pasan sin lanzarles una sola mirada tentadora.

Defraudado en parte, don Nicolás piensa indignadísimo en Pashira, pero sabe disimular a la perfección y vuelve a sonreir, con la sonrisa del almacén, tan de buen efecto cuando los clientes están a punto de excitar su mansedumbre de comerciante avieso. Los artículos de lujo, por ejemplo, le habían llevado a conclusiones filosóficas de un valor extraordinario y las enuncia con soltura a sus amigos:

—Esas mujeres — dice despectivo — son como ciertos jarrones de cristal que tengo en el negocio. Brillan por los cuatro costados, pero su interior es un vacío difícil de llenar.

—¿Cómo así?—pregunta don Antonio.

Y don Nicolás, seguro de lo que dice, responde con naturalidad:

—Sí, señores: ni más ni menos que un jarrón de cristal...

Pero se acuerda que una opinión sincera sobre el asunto, tal como él lo tiene resuelto, puede serle perjudicial en lo que respecta al stock de jarrones que tiene en depósito, esperando futuros casamientos, y desvía el juicio hacia una respuesta más comprensible y financiera:

—Cuanto más finos y caros son los jarrones de cristal, más cuidado exigen en su manejo. Es una opinión formada que no admite réplica. Lo mismo son ellas: cuanto más hermosas, más dinero exigen en su trato. ¿No está bien observado el caso?

—Sí, sí — responde a coro la rueda, haciendo esfuerzos para no reír con toda la boca, pero el Cuchi Díaz la echa a perder con una salida tan poco respetuosa como ésta:

—Tiene razón, don Nicolás. ¡Por eso se le quiebran todos los jarrones!

Don Nicolás sospecha el ridículo que acaba de cubrirle y espera que alguien hable para volver sobre el tema, pero como todos callan, no tiene más recurso que halagar secretamente la trama de una venganza que neutralice la fobia humorística de los "alacranes", y en eso está, con el seño fruncido, torciéndose el bigote y consultando mentalmente las ganancias del día y la cantidad más o menos aproximada que podría destinar a la partida de "ganancias y pérdidas" de la noche.

Nadie le hubiera sacado de tan profundas meditaciones a no ser Pashira, que viene por el callejón del Parque, silbándoles desde el pescante a los caballos. Don Nicolás le ve y se despide del grupo con todo aplomo, saliendo a su encuentro.

—Vamos — dice al cochero —por la Avenida Araya hacia el río.

Pashira le guiña el ojo y hace arrancar el coche con solemnidad. Adentro va don Nicolás, con toda la importancia que se merece un señor como él, con almacén de lujo y buenos pesos en el Banco, sin contar con un obraje en el Chaco, que está a punto de "recibir" a cambio de una deuda.

Hundido en la singular voluptuosidad de tanto presente logrado con privaciones que bien merecen un momento de necesidad satisfecha, acaricia la idea de una aventura que tenga el mérito de obscurecer la fama de los más audaces jovenzuelos de la ciudad.

Ahora torna a sonreir, aguardándose el espectáculo que ha de producirse con la complicidad de Pashira, y ya sin contener su deseo de acercamiento sensacional, dice al auriga:

—Vamos a ver si es cierto lo que me has dicho esta mañana.

—A su mandar — contesta Pashira, guiñándole nuevamente el ojo—. Ya sabe usté que pa eso no me gana naides.

—Bueno, bueno... pero hace poco han pasado a mi lado sin mirarme!

Pashira ríe, comprensivo, y replica:

—¡Pero cómo quiere que lo miren si a lo mejor piensan que usté es un hombre serio!

—¡Y lo soy!

—Sí, señor; pero pa las mujeres es pior qu'el niño Oscar, como dice la señora.

Y esta opinión ansiada infla de vanidad el dudoso orgullo de don Nicolás. Tiene la certeza de un episodio realizado y tal seguridad le coloca por encima de su esposa y de ese apocado sobrino que, detrás del mostrador del almacén, simula dolorosamente una aplicación agobiada de estudios de derecho.

Pashira, entretanto, escudriña los vericuetos del parque y acaba de divisar entre el bosque de eucaliptos al grupo de cómicos, que está enredado en las aureolas de la tarde.

—Velay, don, allí están — exclama con la sabiduría apoyada de las certezas.

Don Nicolás comprueba el encuentro, y a impulso de un anhelo incapaz de retener, ordena inquieto y calculista:

—Andá y decile a la que quieras que necesito hablarla.

El auriga se impone entonces el éxito de don Nicolás y las propinas del futuro, y a poco regresa con la confianza de la respuesta:

—Esta noche, después de la función, v'a subir a mi coche pa que la lleve ande quiera!

¡Noche de debut en provincias! Noche fácil a los cómicos que desconocen el medio intelectual en que van a actuar. Noche de crítica para un pueblo que ha vivido estudiando y leyendo toda una vida a falta de compañías o de otras manifestaciones artísticas. Noche de pensamientos reconcentrados para cierta clase de maridos y análisis sensual para casi todos los jovenzuelos de segunda mano donjuanesca.

Durante los intervalos se comenta y se fuma.

—¡Ya se han metido al camarín los periodistas!

Para estos casos, piensa don Nicolás, el periodismo de provincias vale más que todo un almacén con artículos de lujo. Pero luego rectifica esta opinión porque no está conforme con ella. Se acuerda del gasto innecesario que tuvo que hacer recientemente, obligado por las circunstancias, en un aviso que no aumenta ni disminuye el prestigio del almacén.

El empresario lamenta, entre una rueda de amigos, el resultado del "bordereaux". En tal corrillo se encuentra precisamente el poeta de la ciudad, con los originales de una obra seria y buena en el bolsillo, sin atreverse a hablar al director de la compañía. Ha visto los dos primeros actos de la obra que se está representando y los compara mentalmente con la que oculta en el bolsillo, pero tiene miedo — el miedo provinciano al ridículo — que no se la lea y que sea rechazada de primera intención, dando lugar al comentario avieso de las familias.

Don Nicolás escucha sonriente los lamentos del empresario y advierte con ironía sorda la ausencia de sus amigos de la tarde. Ahora sí que puede frotarse las manos y mofarse de la debilidad de sus amigos ante la energía de sus consortes.

Y esto vale toda una noche de revanchas en rueda de alacranes, pero no está conforme y quiere darse el gustazo de remacharlas con los pormenores de la aventura.

Pashira mientras tanto ha propalado la noticia, creyendo servir así los anhelos confesados del almacenero, y esta es, en verdad, la causa de aquella inasistencia gozada por don Nicolás desde su envidiable ventaja de liberto doméstico, pues sus amigos se habían puesto de acuerdo para presenciar tras las sombras de la noche el espectáculo de la presunta cita, preparándose un plato entonado que podría hacer época en los corrillos del café.

De una y otra parte tendíanse las redes de una intrincada serie de episodios futuros que solamente tú, lector, estás en condiciones de abarcarla con la amplitud y la certeza que te da tu condición sobrenatural, en este trance, de semidios dominador de los recursos a que suelen echar mano los provincianos para apresurar las horas del aburrimiento con inútiles y recíprocas intenciones de anécdota falaz.

Pero ni tú ni ellos han contado con las veleidades de don Nicolás, por haber omitido yo en lo que a ti respecta, un dato importantísimo: la reflexión solía hurdir a don Nicolás proposiciones de clemencia tan necesarias y oportunas que merecían aceptarse. Y una de estas reflexiones le había "dado", en un descuido mío, consejos tan inicuos como éste:

—Entre el conflicto del hogar, con todas sus desagradables consecuencias y el egoísmo de los éxitos, es preferible eludir éste en provecho del almacén, evitando aquél comprensivamente magnánime.

Y como don Nicolás es hombre que, fuera del negocio, tolera todas las razones del mundo, había aceptado de plano esa mala partida de la reflexión en mi contra y convino en que la revancha del ridículo de la tarde estaba lograda con las insistencias de la noche y que no había necesidad de mayores gastos ni más hondas complicaciones.

Con los primeros aplausos de la platea las puertas del teatro se abren de par en par y el público atraviesa el hall entre saludos cordiales y comentarios de entusiasmo o de reproche. Entre un compacto grupo aparece el almacenero luciendo la elegancia de su chaleco de seda blanca. Pashira, a la distancia, espera su llegada con una dama en el interior de la victoria, pero don Nicolás sigue rumbo opuesto con el empaque del que acaba de desempeñar un papel trascendental. Tiene que pasar frente al café y cruzar la plaza. ¡Con qué desahogo espiritual abrirá mañana las puertas del negocio! ¡Y con qué zaña comentará más tarde su triunfo! ¡Hasta podría inventar un encuentro secreto con la primera actriz!

Por la misma acera regresa también el grupo del Cuchi Díaz, comentando en voz baja la eludida aventura de don Nicolás. Va a rematar los comentarios en el café, donde don Antonino espera los desenlaces rodeado de amigos que escuchan sus pronósticos políticos y celebran ruidosamente aquella salida de acomodo gubernista que le es peculiar:

—¿Qué quieren que haga, muchachos, si las cosas vienen de otro modo?

Don Antonino era el único incrédulo de las aventuras de don Nicolás, y como había preferido una silla de confitería y una ligera cátedra de alacraneo noctámbulo a la curiosidad de sus compañeros, le ve pasar por frente y volviéndose hacia éstos, dice:

—¿No les h'ei dicho? Ahí va sin yunta y a pie como el cristiano de Chile.

—Pero — exclama con sorna el Musha López — ¿No andan diciendo que es peor que don Luciano?

—Chaina ninko, peró pitaj iachaj (así dicen, pero quien sabe).

Don Nicolás ha oido la carcajada que parte de aquella mesa como una ofensa; se ha dado vuelta y ha visto a todos sus amigos con los rostros iluminados de una alegría hiriente. Entonces piensa volver sobre sus pasos y correrse de una vez la aventura frustrada, y ya da el tranco decisivo cuando ve a Pashira, siempre alegre en el trono envidiable de su victoria.

—¡Qué oportuno es — dice entre dientes—. Ahora van a saber cómo las gasto yo!

El coche avanza a trote de matungos. Ya va a pasar por su lado, pero Pashira no le guiña el ojo, como es costumbre suya, ni se digna una sola reverencia.

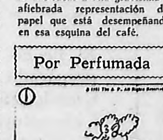
Con inquietud mira entonces hacia el interior del vehículo y su asombro no tiene límites de relación. La meritoria del elenco va ahí, en compañía de su sobrino y del niño Oscar, como una burla insospechada que se prolonga en el breve tránsito de sus ideas a una gravísima y afiebrada representación del papel que está desempeñando en esa esquina del café.

Al conquistador se le van los ojos detrás del grupo de bellas artistas que pasean por el parque



Don Nicolás, vejete amigo de polleras y propietario de un almacén, inquiere del cochero Pashira todo lo que sabe de las bellas artistas que han revolucionado a toda la vieja ciudad y que debutaron esa noche

Por Perfumada









(Por BURTIS)

La Tierra Siempre Misteriosa: AFRICA

Del Libro de Lobagola el Negro

Ilustró PREMIANI

El autor de este libro es una celebridad en los Estados Unidos. Hace ya bastantes años que sobresale en "music-halls", salas de conferencias, incluso en colegios y Universidades, su personalidad pintoresca y singular. Dotado, al parecer, de notable talento para la charla y la conferencia, admira a cuantos le escuchan. Posee, además, el don de una simpatía poderosa, cosa que explica que haya podido salir a flote una y otra vez en los innumerables naufragios de su azarosa vida.

Cuenta que es un negro africano, nacido en región desconocida de los europeos, y que pertenece a una raza que, habiendo conservado entre sus creencias reliquías de la religión mosaica, se considera emparentada con la judía. (Desde luego, el hecho de la existencia de negros africanos judaizantes no es ignorado de los etnólogos).

Este libro, la vida novelesca de Lobagola, sugestivo en sumo grado por los sucesos que en él se narran, ha producido, primero en los países de lengua inglesa, después en otros a cuyos idiomas fué traducido, grandísimo interés, un interés de categoría superior al que podía esperarse del simple relato de una serie de escenas ingenuas y cínicas, terroríficas y divertidas. Se comprende. Un negro criado en una comunidad salvaje y que, en virtud de circunstancias favorables, ha podido adquirir los instrumentos de lengua y cultura precisos para darse a comprender a los civilizados, nos revela su mentalidad y describe el ambiente en que hubieron de transcurrir su niñez y mocedad. Y retrata instituciones, creencias, prejuicios, etc., tan parecidos en lo esencial a los nuestros, que el lector, conforme va leyendo, se pregunta a sí mismo si será verdad que Lobagola nació en una comunidad salvaje, como él dice, y si existirán los salvajes de que nos habla.

Muchas gentes de Norte América tienen a Lobagola por un impostor, y se lo han dicho en su misma cara, según él nos refiere en su libro. No es extraño. Leyendo estas páginas, resulta difícil admitir que los salvajes se parezcan tanto a los civilizados.

☆ ★ ☆

NACI en la aldea de Nodaghasa, situada a seiscientas millas al Norte de Abomei Calari, en otro tiempo capital de Dakomey, y a unas cincuenta jornadas a pie en dirección al norte del golfo de Guinea, y tres al sur de la ciudad indígena de Finbuktu. Mi país está comprendido en la región del Sudán, que se halla actualmente bajo la influencia de Francia.

Tiene mi tierra un millón doscientos cincuenta mil habitantes, divididos en trescientas comunidades, y al frente de cada comunidad hay un jefe, al que ayuda en sus funciones un consejo de setenta mujeres. Hay en mi tierra dos reyes, espiritual el uno y civil el otro. Compete al rey espiritual gobernar todas aquellas materias pertenecientes a la fe y a la moral, guiándose de los preceptos de la religión fetichista. Al rey civil le ayuda en sus funciones un consejo de trescientas mujeres.

Está mi tierra entre los seis y ocho grados de latitud Norte, así que la temperatura oscila entre ciento veinticinco y ciento treinta y cinco grados (Fahrenheit) a la sombra.

Durante tres meses tenemos lluvias continuas. La estación de las lluvias comprende junio, julio y agosto. La llamamos 'Melfah' (que significa "seis"), pues llueve precisamente seis días sin parar por esa época, con fuertes tronadas y relámpagos.

Los principales productos de mi tierra son la madera, el aceite de palma y el marfil. El alimento más usual, el casabe, con otras legumbres y cereales indígenas. Nunca comemos carne, a no ser en ciertas solemnidades: entonces comemos carne de cabra.

Las casas que habitamos están hechas de bambú y cubiertas con fibra de coco. Las separan del suelo estacas de bambú fuertemente sujetas con cuerdas de fibra. Damos a las casas esta separación para impedir que las arrastren las aguas en la estación de las lluvias.

Vivimos en "residencias" (1), amplios espacios de terreno que el gobierno asigna a cada familia, separados por vallas de bambú. Las aldeas están valladas en torno del mismo modo. Viene a tener unas cincuenta familias cada aldea, y veinte aldeas la comunidad.

Mi aldea está en la selva de Ondo. La selva de Ondo es un lugar horrible, con crecidos hierbas y arbustos de más de cinco pies y que se dan muy juntos, enlazados por sarmentosas lianas, presas como el cuerpo de un hombre y que, enredándose unas en otras, forman a modo de un velo de encaje, que le impide a uno ver más allá de cinco yardas.

No hay senderos ni carreteras, y el único punto de orientación es la cima de los árboles. Así que hay que ir todo el tiempo mirando a lo alto y dando traspiés contra los obstáculos que se ocultan bajo las hierbas. La vegetación es centenaria, y jamás conoció la podadera ni la apisonadora. Y, apenas hollada por las fieras, vuelve a renacer potente.

• • •

Otra razón hace horrible la selva de Ondo, y es que constituye el hogar de elefantes, leopardos, leones, monos y reptiles. Reptiles hay que hacen de los árboles casas; son principalmente los que atacan la presa desde el ramaje. Imagine el lector las precauciones que hay que tomar para saber dónde ha de poner uno el pie.

Los grandes simios son enemigos declarados del hombre; con frecuencia asaltan las comunidades, causándoles mucho daño. Si logran los simios entrar en una aldea, la destruyen, y hay que construir otra nueva. Caminan en rebaños o tribus de trescientos o cuatrocientos individuos. Cuando se meten en una residencia, arrancan las estacas sobre las que se levantan las casas, y destruyen todo lo que hallan a su paso. Si dan con un ser humano, lo hacen pedazos, no para comérselo, sino porque les gusta destruir y matar.

El mono tiene dos cualidades a su favor: una, que la hembra principal de la manada no permite que otros monos hagan daño a los niños; la otra, que son ruidosos y los oímos dos o tres horas antes de que lleguen a la aldea.

Cada tribu de monos tiene "un jefe" y una hembra principal que llamamos la "madre". Al jefe suele encontrársele detrás de la "madre", que camina saltando en el centro del grupo.

Los simios son como una caterva de mujeres o niños: no dejan de charlar. Charlan, charlan todo el tiempo. Y hacen tal ruido que los oímos desde muy lejos. Ello nos da tiempo de apercibirnos a la defensa.

De modo que hombres y niños se arman con azagayas envenenadas o venablos y van al encuentro de la manada. Se sitúan en los árboles como una docena de hombres, y esperan allí a la grey. Cuando se acerca lo bastante, se fijan en el mono principal. Lo conocemos por lo callado. Rara vez emite el menor ruido: camina a saltos detrás de la "madre", y se limita a dar aquí y allá unas cuantas órdenes. Antes de dejar su campo, ya los monos tienen formado su plan, de modo que pocas órdenes le son necesarias. Cuando los lanceros reconocen al viejo jefe le arrojan las azagayas y lo matan. Una vez caído el caudillo, los demás monos vuelven el rabo y huyen. Es éste el único modo de detenerlos, pues cuando emprenden una excursión, poco importa los monos que se maten; el resto sigue impasible hasta que el jefe cae. A veces los niños, no tan diestros en el manejo de la azagaya como los adultos, y con el deseo de colocarse en mejor lugar que los hombres para contemplar la grey, yerran el blanco o son incapaces de distinguir al jefe de entre el resto de monos; con ello hacen que los animales sigan inpertérritos su camino. Cosa siempre calamitosa, así para los hombres situados en los árboles como para aquellos, generalmente mujeres y niños, que se quedaron en la aldea.

• • •

Los europeos no van de caza a la selva de Ondo como a otros países de Africa. Por consecuencia, las bestias, que son sagaces, han venido en conocimiento de que allí están seguras. La caza que llevan a cabo los indígenas no inquieta a los animales, pues el indígena emplea la azagaya, pero no la escopeta. Las bestias salvajes acuden numerosas a nuestra tierra y viven en ella como en casa propia.

El elefante jamás nos inquieta, pues se queda en la selva y nunca incomoda, a no ser que tropecéis con él. Cazamos el elefante con trampas; cavamos un agujero que tapamos con cañas de bambú y maleza. El elefante se presenta, rompe las cañas y cae en el pozo.

Los elefantes van en grupos de cincuenta a ciento; raramente solos; de modo que al ver un elefante sabemos que otro se acerca. Tienen exploradores de vanguardia y centinelas, y no nos es posible tomarlos de improviso. Parecen toscos y torpes, pero son despiertos y ágiles y corren más que un caballo.

De vez en cuando al elefante le da la ventolera, y nada ni nadie es capaz de detenerle. Se abre camino corriendo, echando abajo lianas, rompiendo árboles, hollando cuanto encuentra a su paso. No es posible desviar a los elefantes de su camino: siguen adelante, sin importarles el número de los que de entre los suyos caen, ya heridos, ya por cualquier otra causa. Vi hombres y niños incrustados materialmente en la tierra por haber tratado de detener a los elefantes en su carrera.

Nosotros los indígenas sabemos desde niños que si los elefantes pasan por determinado sitio una vez, regresarán fatalmente por él. Acaso no en el mismo día ni en la misma semana, pero sí tarde o temprano. De modo que cuando vamos a la caza del elefante, primero precisamos dónde se encuentran y luego esperamos a que emprendan la marcha. Acaso tarde ésta en ocurrir, pero un indígena nunca mira el tiempo; esperamos un mes, quizá dos, cuanto sea necesario, con tal que no esté próxima la estación de las lluvias.

Seguimos a los elefantes una vez que han partido, pero no demasiado de cerca. Cavamos hoyos para construir trampas, y luego nos vamos. Cada dos o tres días los cazadores regresan a ver si ha caído alguno del rebaño. Luego de atrapados los elefantes, los matamos, extraemos el marfil y abandonamos el cadáver. Empleamos el marfil en adornos y en joyas, pero no comerciamos con él, faltos de contacto con pueblos que lo necesiten.

Los elefantes nunca se detienen a ayudar a las víctimas de las trampas. Y entre éstas se produce gran confusión: levantan terrible algarabía, en parte encolerizadas, en parte amedrentadas. A veces, locas de furor, se matan entre sí. Pronto acaban con ellas los cazadores con las azagayas envenenadas.

• • •

Los elefantes envenenados, mueren en veinte minutos. Una persona tardaría cinco. Se emplea un veneno llamado "Katchera", que se obtiene de una planta silvestre, la "Komohobra". Los procedimientos de obtención sólo los conocen los doctores brujos.

Este método de matar elefantes es más humano que el del rifle. Con la "katchera", herido el animal en cualquier parte del cuerpo, muere a los veinte minutos. La muerte es violenta, pero rápida y cierta.

Los elefantes, al igual que si fuesen personas, entierran a sus muertos; pero es cosa ésta que nadie ha visto. Sabemos de los entierros por los indicios; esto es, sabemos cuándo lloran la pérdida de uno de los suyos. Y ningún elefante es llorado que no sea enterrado por sus compañeros. Los elefantes cogidos en las trampas o que por cualquier otra causa fueron abandonados, no son objeto de funerales. Los que viven en el rebaño y acaban por morir de viejos, sí. Hube de ver a menudo las tumbas. De niño anduve espiando, con otros muchachos, a fin de sorprender los ritos funerarios de algún elefante. Sabemos de las tumbas por el marfil y los huesos que descubrimos al excavar la tierra.

Los buitres despachan rápidamente toda materia muerta. Son estos pájaros basureros, que conservan el país limpios de cadáveres. Las leyes indígenas penan con la muerte el matar un buitre, porque la higiene depende de modo principalísimo de dichos pájaros.

Nosotros no enterramos a nuestros muertos, por existir una ley contra el enterramiento de seres humanos. Cavamos un agujero, arrojamos dentro el cadáver, lo cubrimos con ramaje, prendemos fuego y lo quemamos.

Otra cosa que nunca vimos en los elefantes es su apareamiento. Los elefantes de la selva de Ondo emplean siete días en él. La preñez de la hembra dura cerca de dos años. Los elefantes se parecen en su relación sexual al hombre. Se unen el macho y la hembra en privado, apartados del rebaño: son animales castos y delicados.

PREMIANI

Los elefantes rara vez caminan. Recorren los bosques en manadas que llegan a 100 piezas. Tienen exploradores de vanguardia y centinelas, y nunca se les toma de improviso en sus largas marchas

(1) Lobagola escribe "Compoundo", que significa combinación, compuesto.

LOS DRAMAS DEL AIRE

Trad.: M. M. de Arroyo

UNA calle, en cualquier parte del centro de París. Es la hora fecunda de la digestión. En la terraza de un café, al sol, parejas apacibles y satisfechas se entregan discretamente al inocente juego de las ironías fáciles.

Una rubia — Carlos, mira aquel viejo mono con las mejillas caídas ¡Parece un camembert que se ha corrido.

Carlos — ¿Y su conquista? ¡Has vistó qué pecho! Si yo tuviera una mujer flaca como eso, la alquilaría para frotar fósforos.

El viejo mono (a su mujer) —Oye, Leonie, ¿has visto aquella rubia? Su madre debió ser muy avara, ¡puf!

Leonie — ¿Por qué?

El viejo mono. — Tiene la piel muy corta. Cada vez que cierra la boca para chupar su naranjada, se le mueve la nariz...

Leonie — Más me divierte su amigo. Es bien feo con esos ojos como bolas de billar. Yo, en su lugar, me pondría anteojeras.

El viejo mono — ¿Y su cabeza? Tiene pozos y jorobas, como si estuviera hecha con miga de pan. Yo, que él, en el verano, me pegaría unos puentecitos colgantes para que las moscas pudieran pasear sin marcarse.

Una morochita (dando un codazo a su vecino — ¡Oh!, querido, fíjate en el mozo que nos sirvió el café. Tiene la misma cara del idiota del pueblo, que vimos en nuestras vacaciones, ¿te acuerdas?: aquel que se parecía a tu hermano mayor...

El mozo del café (a si mismo, después de echar una ojeada circular) — Dios mío! ¡Qué facha tienen todos! ¡Ah! No es hermosa la humunidad, no...

En este momento, un cliente obeso, sentado dando frente a la calle, se pone bruscamente de pie y con el cráneo echado hacia atrás, la cara mirando al cielo y los brazos rígidos, queda inmóvil.

El cliente obeso (con voz estridente) — ¡Ay! Se va a caer.

Inmediatámente, todas las miradas convergen dirigidas al cielo.

Leonie — ¿Qué es lo que mira?

El viejo mono — Un avión en peligro, sin duda.

Algunas personas se levantan de sus mesas. En la acera se forma un grupo.

El cliente obeso (siempre con la cabeza echada hacia atrás) — ¡Se desliza! ¡Se cae! ¡Otro más perdido! ¡Esto es estúpido! Es el tercero en este mes.

La emoción llega con eso al colmo. La florista acude corriendo. El agente de servicio levanta hacia las nubes una nariz exploradora.

Algunas voces del público, ya numeroso — ¿Qué es lo que sucede? ¿Qué miran?

Un viejo condecorado (con aire de estar muy enterado) — Es un obrero techador que trabajaba en el techo de la casa de enfrente y acaba de perder el equilibrio.

Un murmullo de horror atraviesa por la muchedumbre.

La señora que lleva un perrito en brazos — ¡Es una vergüenza! ¡En el siglo veinte permitir que los hombres suban a los techos sin paracaídas!

El cliente obeso (sin moverse de su sitio, como petrificado por la emoción, continúa monologando, con los ojos fijos en el cielo).

El cliente obeso (con voz angustiada — ¡Mientras se detenga a tiempo!

El mozo con cara de idiota — ¡Bah! ¡Bah! Cuánta cosa por un bruto que ha querido hacer el idiota, para no pasar por imbécil!...

El señor condecorado (en el paroxismo de la indignación) — ¡¿Oyen, señores y señoras, en qué forma un extranjero se permite, en pleno París, tratar a uno de nuestros aviadores en peligro?!

El mozo con cara de idiota — ¡Extranjero será usted! Yo soy de Montmartre. Y, ante todo, ¿es un aviador o un obrero?

Varias voces (en completo desacuerdo — ¡Un aviador! Acaba de pasar por detrás de aquella nube. —¡Un obrero techador! ¿No lo ven, allá, prendido a aquella chimenea?

Una señora muy gorda, que no sabe lo que ve, pero que de todos modos lo ve muy bien — ¡Ah, Dios mío! ¡Qué espectáculo horrible! (*Y se desmaya*)

La emoción ya no puede aumentar. En la multitud, que aumenta sin cesar, todo son exclamaciones e interrogaciones enloquecidas. De pronto, el cliente obeso que, con la mirada fija y el torso rígido parecía convertido en estatua de sal, hace una breve contorsión de riñones.

El cliente obeso (con expresión de alivio) — ¡Vaya! ¡Por fin... aquí está!

Una vieja solterona, emocionada — ¡Oh! ¿Entonces no se mató?

El cliente obeso (secándose la frente mientras sonríe) — Pero, ¿quién?

La solterona — El... aviador.

El cliente obeso — Pero no se trata de ningún aviador. Yo había perdido mi botón del cuello y lo sentí deslizarse entre mi camisa y los omóplatos, y en el momento que iba a caer definitivamente en una pierna del calzoncillo, ¡zás!, lo pesqué. Vea, aquí está ¡Ah, ah, ah!

Varias voces furiosas — ¡Cállense! ¡Que se callen! ¡No dejan ver!

El señor condecorado — ¡Es una vergüenza! ¡Bromear en momentos semejantes!

Otras voces — ¿Qué dice ese idiota? ¡Eh! ¡Eh! que lo lleven al manicomio... —¡Oh! ¡Allá, allá, vea, señora, el avión se incendia! —Ha caído del lado de L'Etoile. —¡No, no! Ha recobrado a tiempo el equilibrio. —Esto me recuerda, señor, que en 1912... etc....

TELON



Es la hora fecunda de la digestión. Las terrazas de los cafés parisienses están llenas de clientes, satisfechos y alegres, con el espíritu propicio para la fina ironía para los chistes amables, bromas, ecéptera


20 TABLETAS
Geniol